

**L**os inmigrantes mexicanos,  
salvadoreños y dominicanos en el  
mercado laboral estadounidense:  
las brechas de género en los años  
1990 y 2000

Sarah Gammage

John Schmitt



Unidad de Desarrollo Social



México, D. F., junio de 2004

Este documento fue preparado por Sarah Gammage y John Schmitt, consultores de la Unidad de Desarrollo Social de la Sede Subregional de la CEPAL en México. Los autores desean agradecer las valiosas sugerencias de Ana Sojo y Pablo Sauma.

Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

---

Publicación de las Naciones Unidas

ISSN impreso 1680-8800

ISSN electrónico 1684-0364

ISBN: 92-1-322535-0

LC/L.2146-P

LC/MEX/L.614

Nº de venta: S.04.II.G.71

Copyright © Naciones Unidas, junio de 2004. Todos los derechos reservados

Impreso en Naciones Unidas, México, D. F.

---

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N. Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

## Índice

---

<b>Resumen</b> .....	5
<b>Introducción</b> .....	7
<b>I. Una reseña histórica de la migración hacia los Estados Unidos desde los tres países</b> .....	9
1. Contexto histórico general .....	9
2. Dimensiones de género en la migración y recepción de remesas en los tres países .....	16
<b>II. Inmigrantes de México, El Salvador y la República Dominicana en los Estados Unidos en 1990 y 2000: una somera descripción de sus hogares</b> .....	19
1. Distribución geográfica .....	19
2. Estructura demográfica .....	20
3. Estructura del empleo .....	21
4. Estructura de ingresos .....	22
5. Vivienda y transporte .....	24
<b>III. La inserción de los hombres y las mujeres inmigrantes en el mercado de trabajo estadounidense</b> .....	25
1. Una panorámica de las brechas brutas de género .....	26
2. Una descomposición formal de las brechas de ingresos y salarios .....	27
3. La contribución de la segregación ocupacional a la brecha de género .....	33

<b>Bibliografía</b> .....	37
<b>Anexos</b> .....	43
<b>Metodológico</b> .....	45
<b>Estadístico</b> .....	47
<b>Serie Estudios y perspectivas: números publicados</b> .....	97

---

## Resumen

---

En el trabajo se expone inicialmente una reseña de la migración de México, El Salvador y la República Dominicana hacia los Estados Unidos. Mediante la información de los censos estadounidenses de 1990 y 2000 se describe la actual localización geográfica de los inmigrantes, se caracteriza una serie de indicadores del bienestar, se analiza el grado de integración económica y social de los hogares inmigrantes y se consideran los progresos y retos de la integración de las mujeres inmigrantes de los tres países en el mercado de trabajo de los Estados Unidos. Se sostiene que la migración responde fundamentalmente a la expectativa de mayores oportunidades económicas en el mercado de trabajo de los Estados Unidos y se observa que el género es un factor importante en la migración en cuanto a quién emigra y cuándo, con qué nivel de preparación y con qué recursos económicos y personales, en cuáles mercados de trabajo y ocupaciones se busca inserción, y en el monto de las remesas que se envían a los familiares y comunidades en los países de origen.

A pesar de la acelerada migración ocurrida durante los años noventa, flujo en el que se advierte un descenso leve en el nivel educativo de los inmigrantes más recientes, los hogares inmigrantes, por lo general, lograron elevar su nivel socioeconómico en esa década. Ahora bien, existen grandes brechas entre las oportunidades económicas de las mujeres inmigrantes y sus compatriotas hombres: ellas tienen una tasa de empleo inferior y ganan menos al año y por hora que los varones de sus países. De acuerdo con la descomposición Oaxaca-Blinder, ello no se explica por deficiencias de capital humano, ya que el de las mujeres es incluso ligeramente superior al de los hombres nacidos en el mismo país. Las brechas de género parecen responder al trato diferencial en tanto

inmigrantes y mujeres. Un posible canal para esta discriminación es su segregación en ocupaciones que concentran tasas altas de mujeres e inmigrantes, y donde los rendimientos económicos del capital humano son inferiores a los de otras ocupaciones, lo cual se analiza con índices Duncan.

## Introducción

---

Durante las pasadas tres décadas, millones de inmigrantes mexicanos, salvadoreños y dominicanos llegaron a los Estados Unidos, la gran mayoría en busca de mejores oportunidades económicas respecto de las que podían esperarse en sus países natales. La presente investigación se enfoca a estudiar la integración singular de mujeres y hombres inmigrantes en el mercado de trabajo estadounidense.

En el documento inicialmente se reseña la migración de los tres países hacia los Estados Unidos; luego se resume una serie de indicadores del bienestar y el grado de integración económica y social de los hogares inmigrantes en los Estados Unidos. Por último, se examinan los progresos y los retos respecto de la integración de las mujeres inmigrantes de los tres países.

La investigación plantea las siguientes conclusiones. En primer lugar, la migración responde a diferencias en cuanto a las oportunidades económicas ofrecidas en los mercados de trabajo de los tres países emisores, por un lado, y las oportunidades disponibles en los Estados Unidos, por el otro. Aunque en momentos determinados se han registrado sucesos no estrictamente económicos que la han propiciado en gran medida —por ejemplo, en la República Dominicana en los sesenta, o durante la guerra civil en El Salvador en los ochenta—, la migración ya existía antes y continúa con mayor fuerza después de dichos eventos políticos. Dada la importancia del mercado de trabajo en el proceso migratorio, el marco legal y el sistema de regulaciones laborales en los Estados Unidos ejercen un impacto considerable sobre el volumen y las características específicas de las migraciones desde los tres países.

En cuanto al género, se comprueba que es un factor importante en la migración. Tanto en los datos de los tres países expulsores como en los de los Estados Unidos se observa que el género influye bastante

para determinar quién emigra y cuándo, con qué nivel de preparación y con qué recursos económicos y personales, en cuáles mercados de trabajo y ocupaciones se busca trabajo, y en el monto de las remesas que se envían a los familiares y comunidades en los países emisores.

Asimismo, a pesar de que la migración se aceleró durante los años noventa, fenómeno acompañado por un leve descenso en el nivel educativo de los inmigrantes más recientes, los hogares inmigrantes, por lo general, lograron elevar su nivel socioeconómico durante dicha década. Los salarios e ingresos familiares subieron en términos reales. El porcentaje de familias inmigrantes que tienen casa propia, por ejemplo, ascendió a 43% en el caso de los mexicanos, a 38% en el de los salvadoreños y a 23% en el de los dominicanos. Más del 80% de las familias mexicanas y salvadoreñas y más del 50% de las dominicanas tenían uno o más vehículos.

Otro aspecto destacado en el estudio es que los inmigrantes de los tres países se concentran en distintas partes del país: los mexicanos en California y Texas, y tienen una representación creciente en estados no tradicionales para esta nacionalidad como Georgia, Nevada, Carolina del Norte, Oregon y Kansas; los salvadoreños en California, Texas y la región de la capital de los Estados Unidos (Washington, Virginia y Maryland), y los dominicanos en el área metropolitana de Nueva York, en los estados de Nueva York y Nueva Jersey.

Finalmente, existen grandes brechas entre las oportunidades económicas de las mujeres inmigrantes y sus compatriotas masculinos: aquéllas tienen una tasa de empleo inferior y ganan menos al año y por hora que los hombres. Estas brechas no se explican por deficiencias de capital humano. De hecho, un análisis formal sugiere que las mujeres inmigrantes llegan al mercado de trabajo de los Estados Unidos con un nivel de capital humano ligeramente superior a los hombres nacidos en el mismo país. Las brechas de género responden al trato diferencial de las mujeres inmigrantes, que parecen sufrir una doble discriminación, por ser inmigrantes y por ser mujeres. Un posible canal para esta discriminación es su segregación en ocupaciones que concentran tasas altas de mujeres e inmigrantes y donde los rendimientos económicos del capital humano son inferiores a los de otras ocupaciones.

Tanto el notorio residuo de la descomposición formal como la morfología de la segregación ocupacional pueden apuntar conjuntamente hacia brechas entre hombres y mujeres en el mercado laboral que estén sustentadas en el género, entendido el género como simbolismo histórico de la diferencia sexual que comprende el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla a partir del reconocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos. El género, como constatación cultural de la diferencia sexual, simboliza lo que se entiende como “propio” de los hombres (lo masculino) y de las mujeres (lo femenino), y al constituirse en un mandato cultural también abarca procesos psíquicos: toda esa complejidad se arma como un conjunto de creencias y prácticas que jerarquizan y discriminan a los seres humanos (Lamas, 2003).

En este caso, la jerarquía y la discriminación operan mediante la inserción laboral. Segregaciones ocupacionales, sustentadas frecuentemente en representaciones sobre capacidades o diferencias de hombres y mujeres que son esgrimidas como diferencias “naturales”, operan como una valoración asimétrica del trabajo que se ha considerado como tradicionalmente femenino. El tramo inexplicado de las brechas puede manifestar comportamientos económicos diferenciados que, a su vez, reafirmen la desigualdad asociada al género.

Por último, unas palabras de cautela. El período del análisis coincide con un lapso de crecimiento rápido y desempleo bajo en los Estados Unidos —sobre todo de 1996 a 2000— y termina antes de la recesión iniciada en 2001. La prosperidad económica de la segunda mitad de los noventa mejoró significativamente la situación de las capas bajas del mercado de trabajo, donde se concentran los inmigrantes recientes. Por otro lado, la recesión económica del año 2001 y la lenta expansión de los puestos de trabajo acaecidas desde entonces, fase temporal que no es objeto de este análisis, sin duda deben de haber repercutido de modo negativo en las poblaciones inmigrantes estudiadas.

Información estadística complementaria a la contenida en el documento puede consultarse en el sitio web de la Unidad de Desarrollo Social ([www.eclac.cl/mexico](http://www.eclac.cl/mexico)).

# I. Una reseña histórica de la migración hacia los Estados Unidos desde los tres países

---

## 1. Contexto histórico general

La historia de la migración hacia los Estados Unidos desde la República Dominicana, El Salvador y México muestra características singulares a lo largo de las últimas tres décadas. Los factores de expulsión se vinculan estrechamente con procesos macroeconómicos, el endeudamiento de los países, la liberalización económica, el declive en el rendimiento del sector agrícola en los países exportadores de mano de obra y, en el caso de El Salvador, con la guerra civil. Entre los factores de atracción se cuentan la flexibilización del mercado laboral en los Estados Unidos y una fuerte y sostenida demanda de mano de obra barata.<sup>1</sup>

La migración constituye una válvula de escape que mitiga la pobreza y absorbe el exceso de oferta de mano de obra en el campo de los países expulsores. Los datos del cuadro 1<sup>2</sup> demuestran que el nivel de

---

<sup>1</sup> Cabe observar además que ello ocurre en un período de creciente articulación de las economías de los países exportadores de mano de obra con los Estados Unidos (Portes y Bórcz, 1989). Por ejemplo, en el caso de la República Dominicana, 87% de las exportaciones totales fueron destinadas al mercado estadounidense. No es sorprendente que las remesas familiares provenientes de los Estados Unidos fueran superiores al 80% del total de remesas recibidas por el país (Banco Central República Dominicana, 2002).

<sup>2</sup> Los cuadros y gráficos que se mencionan a lo largo del documento se encuentran en el anexo estadístico.

escolaridad de los inmigrantes mexicanos, salvadoreños y dominicanos se ha reducido en los últimos años. El reciente incremento de inmigrantes con una educación formal limitada es congruente con un éxodo masivo de las comunidades rurales en los tres países.

El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) estima que en 2003 los emigrantes latinoamericanos enviaron un total de 38.000 millones de dólares en remesas a sus países y comunidades de origen (BID, 2004). México recibió un total de 13.700 millones de dólares, mientras que a El Salvador y la República Dominicana se enviaron más de 2.000 millones de dólares en cada caso. La mayoría de las remesas fluyen por las vías formales mediante bancos y agencias de transferencias. No obstante, un análisis reciente estima que alrededor del 15% de todas las remesas se envía por canales no formales, con viajeros o mensajeros individuales, en forma de transferencias de bolsillo (Bendixen y Asociados, 2002). Esto implicaría que el flujo de remesas hacia América Latina está siendo subestimado en miles de millones de dólares.

Las remesas pueden considerarse como una expresión de lealtad hacia los miembros de la familia (Tcha, 1996), o bien como la preservación de una esperanza de que el emigrante pueda algún día volver al país de origen (Stark y Lucas, 1988). Otros autores argumentan que las remesas operan como un seguro no formal para enfrentar la inseguridad económica en el país de origen (de la Brière y otros, 1997; Rosensweig, 1988) y las incertidumbres del estatus legal en el país adoptado (Ulloa 1999, 1996). Asimismo, otros analistas afirman que las remesas reflejan las obligaciones hacia los miembros de la familia en su comunidad de origen (Poirine, 1997; Mahler, 1995; Guarnizo, 1993).

Más allá de la motivación, no puede negarse la centralidad de la inmigración y de la recepción de remesas en las economías de los tres países (Waller Meyers, 1998; Lowell y de la Garza, 2000; O'Neil, 2003). En El Salvador y la República Dominicana, éstas ascienden a un estimado de 14% y 9,4% del producto interno bruto (PIB), respectivamente, mientras que en México alcanzan aproximadamente un 2% del total del PIB. En términos comparativos, tienden a multiplicar por más de 10 veces el volumen de ayuda extranjera proveniente del Gobierno de los Estados Unidos (Orozco, 2002, p.3). Dada su magnitud, no es sorprendente que los gobiernos de cada país hayan demostrado un gran interés en el uso de las remesas familiares y colectivas. El gobierno del Presidente Vicente Fox en México creó una Oficina Presidencial para la Atención de Migrantes en el Extranjero que, a dos años de su instalación, se disolvió y fue sustituida por el Consejo Nacional para los Mexicanos en el Exterior, agencia a cargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Asimismo, el Gobierno Federal de México ha apoyado la formación de diversas instancias, como la Asociación de Prestadores de Servicios de las Remesas Familiares. En El Salvador, el Ministerio de Relaciones Exteriores ha creado la Dirección General de Atención a la Comunidad en el Exterior, que tiene la responsabilidad de coordinar los servicios consulares que atiende a la población salvadoreña en el exterior.

## **a) México**

“Mi vida aquí no es que sea tan buena, pero por lo menos cuando trabaja uno, se puede ganar lo suficiente para una vida decente y para que sus hijos puedan ir a la escuela”, una mujer mexicana indocumentada citada en el periódico New York Times, agosto de 2002.

La historia de la migración desde México hacia los Estados Unidos se halla estrechamente vinculada no sólo con tendencias económicas en ambos países, sino también con los acuerdos entre los dos gobiernos que regulan el flujo de emigrantes y de trabajadores temporales. El proceso tiene sus raíces en la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos solicitaron a México enviar trabajadores temporales para el sector agrícola. Con este acuerdo nació el programa Bracero, que continuó hasta 1964 y comprendió a cerca de 4,5 millones de trabajadores (Alba, 2002). Una vez concluido el programa, la migración continuó, pero entonces con un número creciente de indocumentados.

La liberalización, la inflación y el estancamiento económico a finales de los años setenta, la crisis del decenio de 1980 y la contracción de la agricultura han contribuido al intenso flujo de emigrantes, en su mayoría de los sectores rurales (Barkin, 1998). Aunque los datos de inmigrantes documentados

mexicanos no revelan un ascenso a principios de los años ochenta (véase el gráfico 1), los no inmigrantes que tienen un estatus especial de trabajador temporal, visitante, estudiante o diplomático, presentan un avance sostenido desde 1984 a 1990. Asimismo, los inmigrantes potenciales detenidos en la frontera se elevaron en el mismo período (véase el gráfico 2).

El estatus de no inmigrante depende en la mayoría de los casos de dos factores: i) del dinamismo del sector turístico<sup>3</sup> y ii) la disponibilidad del país receptor para permitir la entrada de dichas categorías de visitantes o trabajadores temporales. En el gráfico 2 se aprecia que al principio de los años ochenta el número de no inmigrantes disminuyó, y empezó a recuperarse en 1984. Sin embargo, la captura de inmigrantes potenciales no documentados se sostuvo durante esa época, con un leve declive a principios de los noventa.

En los años ochenta se aprobaron dos reglamentaciones importantes de política migratoria en los Estados Unidos: en 1986 la ley de control y reforma migratoria (IRCA, por sus siglas en inglés), que pretendía reducir el flujo de inmigrantes indocumentados por las fronteras mediante sanciones a los empleadores de trabajadores no autorizados. Además, la IRCA ofreció una amnistía para inmigrantes llegados desde 1 de enero de 1982 hasta esa fecha, y estableció un programa de trabajadores huéspedes o temporales en el sector agrícola (H-2A).<sup>4</sup> La amnistía legalizó a casi tres millones de inmigrantes indocumentados —dos tercios de los cuales eran mexicanos— (Orrenius, 2001).<sup>5</sup> En el corto plazo, la IRCA estuvo correlacionada con un aumento en la inmigración total legal y con una disminución en el volumen de inmigración no documentada. A raíz de los inevitables atrasos en el procesamiento de solicitudes y las complicaciones relacionadas con la validación de los derechos del individuo bajo esta ley, el impacto de la IRCA se registra en el gráfico 1 de inmigración documentada sólo años después.

En la década de 1990, cuando se acrecentó el intercambio de bienes entre los Estados Unidos y México, también se acentuó el flujo de inmigrantes. Como resultado de la liberalización del comercio entre ambos países, las políticas de reglamentación y control de las corrientes migratorias han experimentado cambios y ajustes. En particular, el aparato de control presentó una escalada abrupta desde el inicio de los noventa. Andreas (2000, p. 4) observa que, “[e]n ambos lados de la frontera entre los Estados Unidos y México, la escalada se tradujo en leyes más duras, un incremento de presupuestos y crecimiento de agencias [de control], el despliegue de equipo y tecnologías más sofisticadas, y una fusión incremental entre el cumplimiento de la ley y las misiones e instituciones del aparato de seguridad nacional”.

El Instituto de Políticas de Migración en Washington estima que hay 9.150 agentes de patrulla operando en las 2.000 millas de la frontera estadounidense con México (MPI, 2003). El Servicio de Ciudadanía e Inmigración de los Estados Unidos detuvo a 905.065 inmigrantes potenciales no documentados en la frontera, de los cuales 836.672 regresaron voluntariamente (United States Government, 2004).

Obviamente, el número de detenciones en la frontera no refleja con precisión la magnitud de la migración indocumentada. Los datos presentan errores de fondo en la medición. Primero, no todos los detenidos son mexicanos. Aunque muchos declaran esta nacionalidad, una proporción cada vez mayor proviene de Centroamérica o de otros países de América Latina (Menjívar 2000). Segundo, aunque es

<sup>3</sup> El estatus de no inmigrante confiere a la persona una admisión temporal para un propósito específico y sin derecho a residencia permanente. Los no inmigrantes típicos son turistas, y adicionalmente, otras categorías como estudiantes, trabajadores temporales, y diplomáticos. Aunque hay turismo hacia los Estados Unidos desde la República Dominicana y El Salvador, el mexicano es el más importante. Los datos del INS (2001) revelan que en 2001 hubo 4,1 millones de visitantes no inmigrantes turistas comparados con unos 194.000 y 211.000 provenientes de la República Dominicana y El Salvador. De cada país, alrededor de 95% de todos los no inmigrantes son turistas.

<sup>4</sup> La visa H-2A se creó para que patrones en el sector agrícola estadounidense que enfrentaran una escasez temporal de mano de obra pudieran traer o reclutar a trabajadores no inmigrantes para ciertas actividades estacionales —tales como la cosecha— por un período menor a un año.

<sup>5</sup> Es importante hacer notar que aunque el impacto de la IRCA fue positivo para quienes pudieron lograr regularizar su estatus migratorio, no todos los efectos tuvieron ese signo. Dávila y Pagán (1998) observan que para muchos trabajadores su estatus de trabajador indocumentado incrementó su vulnerabilidad en el mercado laboral. Trabajadores que no lograron regularizar su estatus migratorio tuvieron que incrementar su esfuerzo laboral para compensar las pérdidas de empleo precipitadas por la IRCA y otra legislación semejante.

posible que las tendencias en la migración indocumentada y los detenidos acusen un movimiento paralelo, la cantidad de detenidos también obedece a cambios presupuestarios e inversiones específicas en el aparato de control de la migración (Andreas, 2000). Tercero, es obvio, por los estimados de la migración no documentada, que una cierta proporción de inmigrantes logra entrar a los Estados Unidos sin papeles de autorización. Cuarto, es posible que algunas personas sean detenidas más de una vez. Sin embargo, México es el país de origen de la mayoría de los indocumentados en los Estados Unidos. Se estima que si en 1990 eran un poco más de 2 millones los mexicanos residentes indocumentados en los Estados Unidos, la cifra ascendió hasta 4,8 millones en el 2000 (INS, 2003). Como señala Faux (2003): “medio millón de mexicanos llegan a los Estados Unidos cada año; aproximadamente 60% de ellos son indocumentados.”

Cruzar la frontera sin documentos es difícil y costoso. En 2000 hubo entre 388 y 430 muertes de inmigrantes en la frontera (MPI, 2003). Eschbach y otros (1999) calcularon en más de 1.600 las muertes en la frontera entre 1993 y 1997. Las causas de las muertes, en orden de importancia, fueron: ahogamiento en los ríos (29%), accidentes con vehículos o trenes (27%), factores ambientales (deshidratación, hipotermia e hipertermia) (14%), y homicidios y asaltos (14%). De las 1.600 muertes, Eschbach y otros afirman que el 85% eran hombres.

En este contexto, son los hombres jóvenes quienes mayoritariamente asumen el riesgo de cruzar sin papeles. Sin embargo, tanto hombres como mujeres emigran desde México. Datos de Donato y Carter (1999) sobre los emigrantes provenientes de 50 comunidades en México en su primer viaje a los Estados Unidos demuestran que, con papeles o sin ellos, la mujeres ampliaron su representación en la cohorte de emigrantes (véase el cuadro 2). Datos del Anuario Estadístico del Servicio de Inmigración y Naturalización revelan que las mujeres constituyen 61% de todos los inmigrantes documentados admitidos en el año 2001 (véase el gráfico 4).

Es obvio que hay muchas motivaciones para emigrar, entre otras, obtener empleo y enviar remesas es primordial (Desipio, 2000). Para la familia del emigrante, las remesas son el producto esperado de una inversión costosa en términos financieros y emocionales; para el o la inmigrante, representan una obligación de pagar una deuda acumulada, un compromiso de aportar a la familia, o un deseo de mantener los lazos con su país natal.

Datos de una encuesta sobre el envío de remesas a América Latina, realizada por Bendixen Associates<sup>6</sup> en 2001, indican que alrededor del 65% de los entrevistados mexicanos declaran que envían remesas por alrededor de 200 dólares promedio mensual. Otros estudios informan sobre un promedio más alto de dólares enviados por mes. Por ejemplo, el Banco de México indica que el monto promedio de las remesas recibidas en 2002 fue de 328 dólares por mes (Lozano Ascensio, 2003a). Se estima que entre 13% y 18 % de los hogares en México obtienen remesas (Lozano Ascensio, 2003a; Sana, 2003).

La mayoría son enviadas al sector rural o semirural. Lozano Ascensio (2003a) sostiene que 55% de los hogares que reciben remesas se encuentran en localidades con menos de 20.000 habitantes.

El perfil de las remesas también revela patrones distintos por jefatura de hogar. Mientras que aproximadamente 19,6 % de todos los hogares que no reciben remesas en México son de jefatura femenina, Lozano Ascensio (2003) estima que 43,5 % de los hogares receptores de remesas tienen una jefatura femenina. Además, los hogares receptores de remesas tienden a estar compuestos por una proporción más grande de mujeres. Los datos de la encuesta nacional de hogares del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) evidencian que los hogares receptores de remesas tienen 55,9 % de mujeres a nivel nacional.

Estas remesas constituyen un ingreso importante para el hogar receptor que mitiga la pobreza y facilita la compra de bienes y servicios; representan aproximadamente 36% del ingreso total de cada hogar que las recibe (Lozano Ascensio 2003a). Lanjouw (1998) advierte que los hogares rurales mexicanos con mayor acceso a empleo en el sector no agrícola, o con acceso a remesas, tienden a captar

---

<sup>6</sup> La encuesta se llevó a cabo en los Estados Unidos, con una muestra de 1.000 personas mayores de 18 años de edad, emigrantes de América Latina que tienen familia en los Estados Unidos.

ingresos por encima de la línea de pobreza rural. En cambio, los hogares que dependen del sector rural para obtener sus ingresos, o que no reciben remesas, tienen una mayor probabilidad de ser pobres.

Las remesas y los ahorros repatriados provenientes de emigrantes proveen una fuente importante de capital que tiene un efecto multiplicador en las comunidades de origen. Como se puede ver en el gráfico 5, las remesas se han incrementado de una manera considerable desde 1994 y proveen recursos que dinamizan la economía local. Woodruff y Zenteno (2001) estiman que aportan 20% del capital invertido en microempresas en los sectores urbanos en México, con un monto estimado de inversión de 1,850 millones de dólares en 6.000 empresas pequeñas en 44 centros urbanos en México. En el caso de los 10 estados con el más alto porcentaje de emigrantes, los mismos autores calculan que casi un tercio del capital invertido en la microempresa proviene de las remesas. Un estudio realizado por Adelman, Taylor y Vogel en 1988 establece que el multiplicador estimulado por el uso de las remesas fue de 1,78; ello implica que por cada dólar enviado en remesas se generaron 1,78 dólares en ingresos locales por la compra de bienes y servicios. Las remesas también ayudaron a crear nuevos vínculos económicos, rurales y urbanos, al estimular la demanda de bienes manufacturados en los centros urbanos en México.

## b) El Salvador

La historia de la migración salvadoreña hacia los Estados Unidos registra un desplazamiento masivo reciente —es decir, que tiene menos de 40 años de existencia—, impulsado principalmente por la concentración de la tenencia de la tierra y acentuado por la guerra civil en los ochenta. Cifras del Departamento de Comercio y del Bureau del Censo de los Estados Unidos revelan que entre 1961 y 1970 llegaron alrededor de 15.000 salvadoreños a este país (Repak, 1995). El número de emigrantes a los Estados Unidos se elevó en la década de 1970 a 34.400, y más aún en los ochenta cuando empezó la guerra civil, en que 134.400 salvadoreños salieron del país entre 1981-1990. Los datos del censo de 2000 de los Estados Unidos subrayan que más del 50% de los salvadoreños, entre hombres y mujeres, llegaron en los ochenta (véase el gráfico 6).

La concentración de la tenencia de la tierra contribuyó a elevar la tasa de migración rural-urbana y de expulsión en los años setenta. Un estudio de Durham destaca que 78% de los emigrantes se originaron de población de trabajadores sin tierras, o con menos de una hectárea (Durham, 1979, p. 95).<sup>7</sup> Los datos de Durham subrayan que a consecuencia de la guerra entre Honduras y El Salvador en 1969 terminó la migración salvadoreña hacia Honduras y determinó la repatriación abrupta de alrededor de 200.000 salvadoreños. Esta población retornada recrudeció de una manera significativa la presión sobre la tierra y amplió la proporción de trabajadores agrícolas sin tierra.

A inicios de los ochenta, tanto la pobreza como la guerra civil contribuyeron a que muchos salvadoreños empezaran a salir de sus aldeas y comunidades rurales para cruzar la frontera y buscar refugio en Honduras, Nicaragua, México y Costa Rica. El conflicto armado se intensificó y al mismo tiempo se agudizó la represión. Las organizaciones de derechos humanos registraron entre 300 y 500 asesinatos por semana en los primeros meses de 1981, la mayoría cometidos por paramilitares y escuadrones de la muerte. Mientras que las fuerzas de la represión militar fueron responsables de la mayoría de los asesinatos, la guerrilla hizo lo mismo con campesinos que habían sido reclutados a la fuerza, o acusados de haber colaborado con las fuerzas armadas (Larkin y otros, 1991, p. 121).

Por efecto de estos acontecimientos, un importante segmento de la población rural y campesina salvadoreña se encontraba dispersa a lo largo de Centroamérica, en asentamientos y refugios como Colomoncagua y Mesa Grande en Honduras. Más de medio millón de salvadoreños viajaron a México para proseguir en busca de refugio y asilo en los Estados Unidos. Muchos más huyeron dentro del propio país, desplazándose a asentamientos en las periferias urbanas. El desplazamiento interno y externo llegó a afectar a alrededor del 25% de toda la población del país (CONADES, citado en Montes

<sup>7</sup> Durham documenta que entre 1950 y 1971 la población económicamente activa en el sector agrícola que no tenía tierras, o estaba clasificada con tierras insuficientes para sostener a una familia (menos de una hectárea), se incrementó de 38,5% a 50,8% (Durham, 1979, p. 50).

y otros, 1985). Precisamente, estos autores estimaban que la migración interna, los desplazados y las tasas migratorias eran considerablemente superiores a los datos oficiales.<sup>8</sup>

La emigración hacia los Estados Unidos tuvo en general un carácter clandestino. Repak (1995, p. 136) observa que entre 1984 y 1988 sólo aproximadamente el 3% de los salvadoreños que solicitaron el asilo político obtuvieron ese derecho. Hamilton y Chinchilla (1991) sostienen que a finales de los años noventa los salvadoreños representaban la segunda población más numerosa de inmigrantes indocumentados después de los mexicanos que intentaban cruzar la frontera. Como se advierte en el gráfico 1, la distribución de los inmigrantes documentados salvadoreños admitidos por año se incrementó significativamente a finales de los ochenta. Tal como ocurre en la experiencia mexicana, la ley de inmigración IRCA tuvo un marcado impacto fuerte en el perfil de los salvadoreños admitidos a finales de los ochenta, que se refleja en el gráfico 1.

El flujo de salvadoreños que se inició con la guerra civil se mantuvo después de los acuerdos de paz que se firmaron en Chapultepec, México, en enero de 1992. Las redes desarrolladas durante el conflicto para facilitar la huida de individuos y familias del conflicto armado continuaron atendiendo a las necesidades de los emigrantes indocumentados (Stanley, 1987; Hamilton y Chinchilla, 1991). Aunque la mayoría de los salvadoreños residentes en los Estados Unidos llegaron en los años ochenta, la migración ha continuado. De hecho, alrededor del 30% de los y las inmigrantes salvadoreños en los Estados Unidos arribaron después de 1990 (véase el gráfico 6).

Una serie de leyes facilitaron la migración salvadoreña hacia los Estados Unidos en los años noventa. En 1990 un proyecto de ley estadounidense otorgó 18 meses de estatus temporal protegido (TPS, por sus siglas en inglés) a todos los salvadoreños residentes en los Estados Unidos antes del 19 de septiembre de 1990. La vigencia de la ley se extendió seis veces. El TPS otorga al recipiente el derecho de permanecer en el país, como una forma de diferir o postergar su salida forzosa (DED), pero no concede el derecho permanente a la residencia, ni a trabajar ya que los que reciben este estatus pueden establecerse por 18 meses y trabajar, pero no son elegibles para recibir asistencia pública ni beneficios de salud pública. Los salvadoreños figuraron entre los primeros grupos elegibles para el estatus TPS en 1990 y constituyen la mayoría de la gente en los Estados Unidos con visas de TPS (Bailey y otros, 2002).<sup>9</sup> El estatus de TPS y de DED ha sido otorgado a los salvadoreños periódicamente durante la década de los noventa y más recientemente para responder a emergencias como el huracán Mitch y la serie de terremotos en 2001.

El flujo continuo de salvadoreños al exterior se aprecia claramente en los datos de las remesas (véase el gráfico 5), que han aumentado en forma paulatina y sin interrupciones a lo largo de los años ochenta, aunque con una curva más elevada en los noventa. Las estimaciones de remesas revelan que ascienden a más del 10% del PIB en los años noventa (Andrade-Eekhoff, 2003). Desipio (2000) constata que los salvadoreños en el extranjero enviaron en 1995 un promedio de 2.078 dólares a sus parientes y a los hogares en El Salvador. El monto enviado a los hogares receptores de remesas parece haberse mantenido a principios del año 2000. Se estima que el promedio anual de remesas recibidas por cada hogar receptor es, aproximadamente, de 2.300 dólares (Inter-American Dialogue, 2004). Datos del Banco Agrícola —que opera una agencia de transferencia en los Estados Unidos— registran transferencias por más de 120 millones de dólares de remesas, o aproximadamente 326 dólares por cada envío (Banco Agrícola, 2004).

Las remesas desempeñan un papel importante en la mitigación de la pobreza en El Salvador (Gammage, 1998; Segovia, 2002, y CEPAL, 2004). Como observa Segovia (2002): “Uno de los principales factores que puede motivar la reducción en la pobreza en El Salvador en la década de los noventa es el influjo de las remesas, las cuales, en su mayoría, llegan a los hogares pobres.” (Segovia 2002, p. 207).

---

<sup>8</sup> Montes y otros (1985) estiman que en 1984 había un mínimo de 483.927 personas desplazadas por la violencia en el interior del país.

<sup>9</sup> El Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos estima que aproximadamente 290.000 salvadoreños, son elegibles para el TPS del total de 299.015 individuos de El Salvador, Burundi, Sierra Leona, Sudán, Liberia y Somalia (U.S. Department of Homeland Security, 2003).

En CEPAL (2004, p. 64) también se subraya su importancia para mitigar la pobreza en El Salvador, y se concluye que la tasa de pobreza de todos los hogares se acentuaría en 7%, al menos, en ausencia de las remesas.

En apariencia, las remesas cobran más importancia en los hogares con jefatura femenina: de los hogares con jefatura masculina, 12% son receptores de remesas, frente a 25% de los hogares con jefatura femenina (véase el cuadro 3). Dichas remesas suman 31% del total de ingresos de los hogares con jefatura masculina y 45% del total de ingresos para los hogares con jefatura femenina.

Hay pocos datos disponibles que desagreguen por sexo los envíos de remesas. Ulloa (1999) documenta que en 1991 alrededor de 68% de los salvadoreños residentes en los Estados Unidos enviaban remesas a El Salvador y que en su mayor parte provenían de hombres, aunque las mujeres informaban envíos de remesas cada mes.

### c) La República Dominicana

La historia de la emigración de la República Dominicana también se explica por aspectos de pobreza, desigualdad en la tenencia de la tierra, represión militar, el papel y el peso de las políticas externas y, por supuesto, la integración con la economía estadounidense. Las causas principales de la emigración dominicana se activaron durante la época de la represión militar de Trujillo, que duró desde 1930 hasta 1961. El análisis de Grasmuck y Pessar (1991) subraya que la migración hacia fuera de la República Dominicana se inició como respuesta a los cambios económicos y sociales impulsados por la reorganización de la industria azucarera bajo el régimen de Trujillo. La expropiación y la concentración de la tierra, junto con un proceso de industrialización que daba prioridad al sector exportador, marginaron al pequeño agricultor, debilitaron a la economía agrícola de subsistencia y generaron una fuerza laboral temporal que era altamente flexible y transitoria (Boin y Serullé, 1980; Levitt, 2001).

Las elecciones de 1966 instalaron en la presidencia a Joaquín Balaguer, el secretario presidencial bajo Trujillo. Balaguer continuó aplicando las políticas de su antecesor, fomentando una industrialización mediante la sustitución de importaciones y focalizando sus esfuerzos en la exportación de productos agrícolas. Pese a un crecimiento rápido y sostenido, las tasas de desempleo y de inequidad se ampliaron también durante el gobierno de Balaguer (Grasmuck y Grosfoguel, 1997) y, por ende, impulsaron una nueva ola migratoria dentro y fuera del país.

Bajo el gobierno de Balaguer, la concentración de la tenencia de la tierra avanzó de una manera aguda. En 1971, 14 % de los dueños de la tierra poseían 79% del terreno (Boin y Serullé, 1980). Con una tasa de crecimiento de la población de 2,9%, la falta de tierras intensificó la presión para salir de las comunidades rurales hacia las ciudades. El Banco Mundial observa que entre 1965 y 1988 la población rural declinó de 65% a 41% de la población total (Banco Mundial, 1981, 1990). El mismo impulso para salir de las comunidades rurales contribuyó a la migración internacional. Castro (1985) y Castro y Boswell (2002) argumentan que la migración dominicana internacional fue mayoritariamente un éxodo de la clase trabajadora de las comunidades rurales en búsqueda de trabajo y oportunidades económicas, o por huir de la represión militar.

Como se observa en el gráfico 7, el volumen de la migración de la República Dominicana empezó a cambiar a mediados de los años cincuenta y duró, con marcado y sostenido ritmo, hasta mediados de los setenta. Levitt (2001) establece que la migración pasó de un promedio anual de 1.000 personas durante los años cincuenta a 10.000 personas anuales durante los sesenta. Sin embargo, durante las décadas de 1980 y 1990, la migración se elevó aún más drásticamente: más del 75% de toda la población dominicana residente en los Estados Unidos se asentó allí en esa época. Como se muestra en el gráfico 1, el período más fuerte de la inmigración dominicana fue en los noventa, cuando el número de inmigrantes se elevó a un promedio de 36.000 personas por año, con un pico de 51.000 en 1994.

Las remesas son tan importantes en la República Dominicana como en El Salvador y México. Entre 1998 y 2000 ascendieron a un promedio de 10% del total del PIB (Banco Central de la República Dominicana, 2002). Además, exceden la inversión extranjera directa por más de 50%. Aunque los estimados de las transferencias varían por año y por muestra, los más recientes afirman que

aproximadamente dos tercios de los hogares dominicanos con parientes en el exterior las reciben (Desipio, 2000). Desipio (2000) registra que el promedio enviado en 1995 fue de 2.472 dólares.

Al igual que en los ejemplos de México y El Salvador, las remesas contribuyen a mitigar la pobreza y facilitan los gastos de consumo y de inversión. Sana (2003) utiliza datos del Proyecto Latinoamericano de Migración (LAMP, por sus siglas en inglés), para analizar la importancia y el impacto de las remesas en la economía del hogar de la República Dominicana, México, Nicaragua y Costa Rica. Este autor calcula que en la República Dominicana, 29% de los hogares las reciben, y más del 50% de los hogares receptores afirman que han llegado a ser una fuente de ingresos intermedio o sustantivo.<sup>10</sup> Aunque los datos no aportan el sexo de la jefatura del hogar receptor, permiten indagar en las dimensiones de género de la recepción de remesas: poco más del 85% de los hogares dominicanos con un hombre jefe de hogar que trabaja en los Estados Unidos reciben remesas, de las cuales aproximadamente el 90% tienen un efecto intermedio o significativo en la economía del hogar. De los hogares en que al menos una hija vive en el extranjero, 75% declara que obtiene remesas, mientras que de los hogares que tienen al menos un hijo viviendo en el extranjero, 66% se beneficia de estos envíos.

Las remesas no son sólo una fuente de ingresos para el consumo diario, sino también contribuyen al sustento de la economía del hogar y a las microempresas. Un estudio realizado con empresarios y dueños de la microempresa en Cibao, Sureste y el Suroeste de la República Dominicana confirma que estos recursos forman una parte importante del capital de inversión para la microempresa. Aproximadamente, 22% de los propietarios de micro y pequeñas empresas del estudio percibía remesas, independientemente de los lazos de parentesco con sus familiares ausentes. Ortiz estima que alrededor de 63,6 millones de dólares llegan cada año a las micro y pequeñas empresas en la República Dominicana, y que más de 45 millones de dólares lo hacen a las micro y pequeñas empresas con menos de dos trabajadores. Además, los patrones del uso y disposición de las remesas para inversión presentan un sesgo por sexo. De todas las propietarias de las micro y pequeñas empresas, 93% responde que usan las remesas, en su mayoría, para gastos familiares, y sólo 1,5% en el negocio. De los hombres propietarios, 71% utiliza las remesas para gastos familiares y 16% en el negocio (Ortiz, 1997).

## **2. Dimensiones de género en la migración y recepción de remesas en los tres países**

Como en la mayoría de los procesos humanos, la migración así como el envío y recepción de remesas asumen claros patrones de género, que ejercen una influencia dominante para determinar quién migra y cuándo, en qué circunstancias y con cuáles recursos (Katz, 1998; Chant, 1992; Crummet, 1987). También afecta la trayectoria de los inmigrantes en el país adoptado, determinando cuán rápida es la incorporación en el mercado laboral, los mercados laborales hacia los cuales se dirigen los y las emigrantes, la movilidad laboral hacia los empleos con mejores sueldos y beneficios, y hasta el tipo de visas y de estatus migratorio de que gozan (Menjívar, 1999; Repak, 1995; Mahler, 1995).

Los procesos y los mecanismos mediante los cuales las mujeres y los hombres intentan emigrar y consiguen la entrada, documentada o indocumentada, a los Estados Unidos revelan patrones específicos que reflejan marcadas expectativas y normas sociales con respecto al género. Por ejemplo, en los tres países se observa que más hombres que mujeres emigran sin papeles legales, mientras que más mujeres emigran u obtienen el permiso de viajar con visas y documentos, o a través de procesos de reunificación familiar (Repak, 1995; Donato y Carter, 1999; Krissman, 2000; Mehta y otros, 2002). El estudio de Repak informa que 45% de los inmigrantes indocumentados fueron mujeres (Repak, 1995, p. 127). Es interesante notar la coincidencia de esas proporciones estimadas con el dato de que alrededor del 45% de los inmigrantes indocumentados que trabajaban en 2001 en Chicago eran mujeres (Mehta y otros, 2002).

---

<sup>10</sup> Se preguntó al o a la entrevistada si al comparar las remesas con el total de ingresos, éstos fueron pequeños, intermedios o sustantivos.

Laguerre (1998) afirma en su análisis sobre Haití que la migración internacional está diferenciada por sexo en diversos momentos a lo largo del tiempo y describe un ciclo de migración utilizando un esquema de los vínculos entre hogares focos (o principales haitianos) y hogares subsidiarios en la ciudad de Nueva York. La fase inicial en el ciclo se caracteriza por la emigración de un hombre en edad de trabajar. El emigrante exitoso encuentra trabajo y establece un hogar subsidiario en el país adoptado y comienza a enviar remesas al hogar foco en Haití. Este recurso se usa para gastos de consumo y de inversión, pero asimismo puede destinarse a asegurar la migración de otros miembros del hogar foco en Haití (sean hombres o mujeres). Bajo el esquema de Laguerre, las fases iniciales de la emigración son desproporcionadamente masculinas, mientras que las posteriores están dominadas por mujeres (Laguerre, 1978, 1998).

Hallazgos semejantes a los de Laguerre se encuentran en el estudio de Bustamante y otros (1998) sobre emigrantes mexicanos, cuyos patrones de género determinan que sean hombres la mayoría de los inmigrantes indocumentados. Los autores exponen que la proporción de hombres emigrantes que intentan su primer viaje varía según la proporción de emigración total en la comunidad. De 19 comunidades, la proporción de hombres en las cohortes que intentaban su primer viaje era de 73%. Cuando las tasas de emigración permanente o circular y las frecuencias de viajes son mayores, se incrementaba la proporción de mujeres, hasta 54% de las cohortes emigrantes.

Con la militarización de la frontera, el fortalecimiento de la vigilancia por patrullas estadounidenses y mexicanas, y el alza en las tasas de mortalidad y morbilidad en la frontera, la emigración indocumentada se ha tornado más riesgosa (Eschbach y otros, 1999; Andreas, 2000). El hecho de que más hombres que mujeres intenten un pasaje indocumentado a los Estados Unidos puede indicar dichos riesgos, el alto costo de la migración<sup>11</sup> y ciertas expectativas socioculturales sobre el papel de la mujer en el ámbito del hogar.

Los datos también pueden contribuir a desvanecer el papel de la mujer como protagonista en la decisión de emigrar. Los filtros y procesos mediante los cuales las mujeres logran establecer su estatus migratorio en los Estados Unidos pueden reforzar ciertas visiones sobre su papel subordinado en procesos sociopolíticos y también en la toma de decisiones sobre cuándo y cómo emigrar. Por ejemplo, los datos del gráfico 8 revelan que más hombres que mujeres salvadoreñas lograron recibir el estatus de asilo. Los datos de inmigración y de registro, así como las formas que adoptan los procesos migratorios, contribuyen a encubrir la voluntad de la mujer en su decisión de emigrar. El hecho de que la mayoría de las mujeres salvadoreñas, mexicanas y dominicanas entren a los Estados Unidos con visas de reunificación familiar, o acompañando a un compañero masculino, ha contribuido a su invisibilidad y refuerzan la imagen de la mujer como hija o esposa, ‘adjunta’ o dependiente.

Hay evidencia en los tres países estudiados de que el envío y la recepción de remesas presentan una diferenciación por sexo. Se observa que en los tres países las remesas tienden a adquirir mayor importancia para los hogares con jefatura femenina, ya que representan una proporción superior de sus ingresos totales. El hecho de que las remesas tiendan a asumir mayor peso en los hogares con jefatura femenina subraya la importancia de incorporar la dimensión de género en el análisis del impacto de la migración en la estructura demográfica de los hogares, la toma de decisiones dentro del hogar, y los patrones de consumo e inversión en las comunidades donde hay mayor migración hacia el exterior (Pessar, 1999; Pessar y Mahler 2001). Además, un cuerpo de literatura creciente afirma que los recursos en manos de la mujer tienen mayor probabilidad de ser canalizados para invertir en el capital humano y asegurar el bienestar de otros miembros del hogar (Thomas 1990, 1997; Hoddinott y otros, 1997). Por lo tanto, sería interesante investigar si el bienestar de los hogares beneficiados con remesas es mayor en comparación con los hogares que no las reciben (CEPAL 2004; Gammage 1998), no solamente por las remesas en sí, sino porque la migración podría haber modificado las preferencias y el balance de poder dentro del hogar respecto de las decisiones.

<sup>11</sup> Un sondeo de más de 100 personas residentes en Washington D.C. y en el oriente de El Salvador revela que los costos de servicio de coyote en 2004 varían entre 3.500 y 5.000 dólares (Gammage, 2004).

## **II. Inmigrantes de México, El Salvador y la República Dominicana en los Estados Unidos en 1990 y 2000: una somera descripción de sus hogares**

---

La situación de los inmigrantes de cada uno de los tres países difiere según sus características personales (sexo, edad, año de llegada, capital humano, educación formal y estatus legal, entre otras). No obstante, algunas características específicas del hogar también afectan y reflejan el nivel de inserción e integración del inmigrante en los Estados Unidos. En este capítulo se intenta resumir algunas singularidades de dominicanos, mexicanos y salvadoreños residentes en los Estados Unidos.

### **1. Distribución geográfica**

Las poblaciones mexicana, salvadoreña y dominicana se asientan en diferentes estados y ciudades de los Estados Unidos. El cuadro 4 muestra que en el año 2000 California y Texas fueron los estados con la mayor concentración de mexicanos y salvadoreños. En cambio, los dominicanos se encuentran en su mayoría en Nueva York y Nueva Jersey.

La mayor concentración de cada grupo en dichos estados se ha mantenido entre 1990 y 2000. Aun así, algunos cambios en la concentración geográfica evidencian nuevas oportunidades de trabajo. En el cuadro 4 se puede observar que algunos estados distintos a los tradicionales son muy importantes para los mexicanos: Georgia, Nevada, Carolina del Norte, Oregon y Kansas. Para los salvadoreños, los estados en que su presencia ha tenido un crecimiento significativo son Florida, Nuevo México, Maryland y Virginia. Para los dominicanos, los nuevos estados son Georgia, Nuevo México, Michigan y Rhode Island. En general, se puede especular que esta migración tiene que ver con la oferta de empleos, especialmente en los mataderos, el empacamiento de carne, el procesamiento de pollos, en el sector servicios (Passel, 1999; Benson, 1999; Martin, 1999).

La distribución geográfica de la población inmigrante de los tres países es interesante no sólo por su concentración o dispersión, sino también porque es una variable importante que puede influir en aspectos del bienestar de cada individuo o familia. El sitio de residencia determina el tipo de mercado laboral, las industrias y, por ende, los trabajos disponibles para los y las inmigrantes. Además, dado que muchos programas de ayuda económica, de educación primaria, secundaria y terciaria, y de salud pública están financiados por los estados, la ubicación geográfica afecta el acceso a dichos programas.

La distribución geográfica es también función de la movilidad geográfica. En el cuadro 5A se advierte (en la última fila) el porcentaje de hogares que, en el momento de cada uno de los censos habitaban en la misma casa en que vivían cinco años atrás<sup>12</sup> y se aprecia que las poblaciones inmigrantes tienen más movilidad que la población nacida en los Estados Unidos. En 2000, por ejemplo, 56,1% de los hogares (ponderados por el número de personas) nacidos en los Estados Unidos habitaban la misma casa que cinco años atrás. En contraste, sólo en el caso del 38,2% de los mexicanos, del 38,1% de los salvadoreños y del 45,6% de los dominicanos ocurría lo mismo. Pero las cifras sobre el año 2000 reflejan, en especial para la población nacida en El Salvador y en la República Dominicana, un aumento significativo en la estabilidad geográfica respecto de la situación en 1990. Los cuadros 5B (mujeres) y 5C (hombres) permiten distinguir entre la movilidad de las mujeres y los hombres. En estos casos los datos se han ponderado según el número de mujeres (5B) o de hombres (5C) en cada hogar. Con estas ponderaciones se destaca la estabilidad relativa de las mujeres. Entre la población nacida en los Estados Unidos, la diferencia entre los dos sexos es pequeña: en 2000, 56,7% de los hogares eran “femeninos” y 55,5%, “masculinos”. Con respecto a la población nacida fuera del país, en cambio, las diferencias por sexo son marcadas: 41,5% de los hogares mexicanos son “femeninos”, en comparación con 35,5% que son “masculinos”; 41,2% de los hogares salvadoreños son “femeninos” y 35,2% “masculinos”; y una distribución de 47,8% y 42,9% en el caso dominicano.

## 2. Estructura demográfica

La estructura de las familias inmigrantes se diferencia en muchos aspectos de aquella que presentan las familias de individuos nacidos en los Estados Unidos (véase el cuadro 6).<sup>13</sup> Es más probable que el hogar esté compuesto por una pareja de convivientes o casados, con hijos o sin ellos, a que sean hogares de una sola persona adulta.

---

<sup>12</sup> El análisis se limita a hogares donde el primer encuestado tiene por lo menos 18 años.

<sup>13</sup> Hasta el cuadro 6, los datos de los censos se han examinado a nivel individual. En el cuadro 6 se hace el análisis a escala del hogar, lo cual introduce una complicación conceptual y taxonómica: ¿cómo atribuir a los hogares una identidad según el país de origen de sus miembros? Una solución sería hacerlo según el país de origen del jefe de familia; sin embargo, el censo decenal de los Estados Unidos no establece el jefe de familia. Por tanto, se ha atribuido esa identidad a los hogares según el lugar de nacimiento del primer encuestado en cada familia, que suele ser el jefe o la jefa de familia, o su cónyuge. Luego, se debe tener en cuenta —por razones conceptuales y prácticas— que esta identificación de los hogares no es completamente satisfactoria. La identificación mediante el primer encuestado abarca tanto hogares que son netamente de origen extranjero como hogares híbridos, es decir, a cargo de personas con diferentes países de origen. Con esta identificación, tampoco se pueden distinguir como categoría los hogares híbridos. En algunos de los cuadros que siguen, la ponderación de los hogares se hace con las ponderaciones individuales, lo cual disminuye los problemas aludidos.

En el año 2000, mientras que 51% de los hogares estadounidenses estaba a cargo de parejas —con hijos o sin ellos—, esto ocurría con 66% de hogares de inmigrantes mexicanos y 57% de los hogares salvadoreños. Pero en el mismo año, los inmigrantes de la República Dominicana tenían un porcentaje más bajo de hogares en esa condición (aproximadamente el 42%).

Por su parte, es interesante notar que entre los inmigrantes de México y El Salvador hay una menor probabilidad de que el hogar tenga una única persona adulta —con hijos o sin ellos— en comparación con los hogares de nacidos en los Estados Unidos: en 2000, 49% de estos últimos tenían una sola persona adulta y, en contraste, únicamente 34% de los mexicanos y 43% de los salvadoreños vivían en esas condiciones. En cambio, entre los dominicanos un mayor porcentaje de hogares (alrededor de 58%) se ubicaba en esta categoría.

En 2000, entre los hogares unifamiliares, 30% de los hogares a cargo de nacidos en los Estados Unidos, 23% de los nacidos en El Salvador y 42% de nacidos en la República Dominicana, estaban encabezados por mujeres (véase el cuadro 6). Solamente en los hogares de inmigrantes mexicanos hay un leve porcentaje superior de hombres a cargo, con hijos o sin ellos. En general, las familias a cargo de una persona nacida en los Estados Unidos están compuestas por mujeres sin hijos. En comparación, más de la mitad de las familias a cargo de sólo una persona de los inmigrantes de los tres países considerados están en manos de mujeres con hijos. De 1990 a 2000 hay un pequeño incremento en las familias con hijos de los tres países y de los nacidos en los Estados Unidos.

Los datos de familias a cargo de mujeres, con hijos o sin ellos, se reflejan en otros estudios sobre la estructura demográfica y la jefatura del hogar. En particular, los datos para familias dominicanas en los Estados Unidos revelan altas tasas de jefatura femenina.<sup>14</sup> Grasmuck y Grosfoguel (1997),<sup>15</sup> en su estudio sobre características de familias caribeñas que viven en Nueva York, afirman que en los Estados Unidos, en 1990, 35% de las familias dominicanas eran de jefatura femenina.

### 3. Estructura del empleo

Explorando más a fondo los datos para hogares de los censos de 1990 y 2000, se observa un marcado declive en las tasas de empleo en todos los hogares inmigrantes y en todos los tipos de familia (véase el cuadro 7). Las tasas de empleo para todo tipo de familia disminuyeron entre 1990 y 2000. Esta declinación ocurrió de forma drástica en el caso de las familias mexicanas, salvadoreñas y dominicanas. Entre 1990 y 2000, las familias de parejas en que ningún miembro de la pareja trabaja pasaron de 9% a 24% para los mexicanos, de 4% a 22% para los salvadoreños y de 12% a 24% para los dominicanos. Las tasas de aumento en el porcentaje de familias de parejas, con hijos y sin ellos, donde ningún miembro de la familia trabaja, son igualmente alarmantes.<sup>16</sup>

¿A qué se debe esta caída en la tasa de empleo por familia? En parte obedece a cambios demográficos. Es posible que mediante la reunificación familiar, las tasas de dependencia estén elevándose. Así, de las 9.512 personas admitidas los Estados Unidos como inmigrantes legales en 2001, 98% de la República Dominicana llegaron con el patrocinio de parientes (INS, 2001). Los datos para México y El Salvador en este rubro son de 88% y 75%, respectivamente. También es posible que con la integración de los grupos de inmigrantes al mercado laboral y al sistema de pensiones y jubilación haya más hogares donde ningún miembro trabaje porque la familia está recibiendo pensión. Del cuadro 8 se deduce que la porción de ingresos del programa de seguro social en el total de ingresos familiares aumentó para los hogares donde viven mujeres y hombres nacidos en México, El Salvador y la República Dominicana. Asimismo, se puede especular que por razones económicas la participación laboral de los tres grupos disminuyó en el curso del decenio de 1990.

<sup>14</sup> Aquí se refiere a jefatura femenina de iure, identificada por el sexo de la jefa o el jefe asignado en la encuesta.

<sup>15</sup> Grasmuck y Grosfoguel (1997) usan datos del censo de 1990 para personas de origen hispano que viven en los Estados Unidos.

<sup>16</sup> El censo no distingue entre trabajo documentado e indocumentado; en principio, se incluyen aquí trabajos de las dos clases.

En el cuadro 5 se advierte que, de acuerdo con la estructura del empleo, las tres poblaciones inmigrantes —tanto de las mujeres como de los varones— tienen una probabilidad mayor a la de la población nacida en los Estados Unidos de trabajar en el sector privado tradicional. Estos últimos tienen mayor probabilidad que los inmigrantes de trabajar en el sector privado sin fines de lucro, en el sector público (local, estatal y nacional) y en el sector autónomo (como cuenta propia o patrón). Por su parte, dentro del sector privado, los inmigrantes evidencian una representación muy alta en el sector manufacturero. Según datos del censo de 2000, alrededor del 22% de la población nacida en los Estados Unidos trabajaba en la manufactura, mientras que 37% de los inmigrantes mexicanos y casi 29% de los salvadoreños se desempeñaban en ese sector. Los dominicanos participaban en el sector en la misma proporción que la población nacida en los Estados Unidos. En los cuadros 5B (mujeres) y 5C (hombres) se aprecia que, en las cuatro poblaciones, las mujeres se concentran mucho más que los hombres en el sector de servicios. En la última parte de la presente investigación analizamos el impacto de la aparente segregación ocupacional por sexo y país de nacimiento sobre la integración de las mujeres inmigrantes en el mercado laboral de los Estados Unidos.

#### **4. Estructura de ingresos**

En el cuadro 8 se presentan los perfiles de ingresos totales y per cápita para hogares mexicanos, salvadoreños y dominicanos. Entre 1990 y 2000, los ingresos totales aumentaron en términos reales para la población nacida en los Estados Unidos y para los tres grupos inmigrantes. El promedio de los ingresos recibidos por hogares de individuos nacidos en los Estados Unidos está muy por encima del promedio de los hogares inmigrantes. Las diferencias entre la población nacida en los Estados Unidos y las poblaciones provenientes de los demás países son aún más amplias en términos per cápita (parte (a) de los cuadros) que cuando no se considera el tamaño del hogar (parte (b) de los cuadros). Esta diferencia se debe a que las familias inmigrantes son más grandes que las familias de personas nacidas en los Estados Unidos.

Los hogares inmigrantes tienen una dependencia de los ingresos del trabajo mucho mayor que los hogares de nacidos en los Estados Unidos. En la parte (c) del cuadro 8A, por ejemplo, en el año 2000 los ingresos del trabajo representaban 67% de los ingresos totales percibidos por las familias estadounidenses. En cambio, el trabajo suministraba 83,3% de los ingresos totales de los mexicanos, 84,8% para los salvadoreños y 75,3% para los dominicanos. Cuando se hace la ponderación de los hogares según el número de mujeres presentes en la casa (véase el cuadro 8B), las cifras en todos los casos son más elevadas que cuando la ponderación se basa en el número de los hombres en la casa (véase el cuadro 8C).

Los hogares de individuos nacidos en los Estados Unidos reciben ingresos de seguro social, pensiones privadas e inversiones en cantidades muy por encima de las poblaciones inmigrantes. En cambio, la porción de los ingresos de los inmigrantes provenientes de la asistencia pública es superior a lo que reciben los hogares de individuos nacidos en el país.

En el cuadro 9 se comparan las tasas de pobreza (según la definición oficial de los Estados Unidos). En el año 2000, aproximadamente 11% de la población nacida en los Estados Unidos vivían en hogares con ingresos totales por debajo de la línea oficial de pobreza. Las tasas de pobreza entre las poblaciones inmigrantes eran mucho más altas: 26% para los mexicanos, 19% para los salvadoreños y 25% para los dominicanos.

La pobreza está concentrada especialmente entre los niños y las mujeres. Más de la tercera parte de los niños mexicanos (36%) y dominicanos (36%), y casi la cuarta parte de los niños salvadoreños (24%) eran de familias con ingresos insuficientes para evitar la pobreza, en comparación con alrededor del 16% de los niños nacidos en los Estados Unidos. Pero entre 1990 y 2000 la tasa de pobreza cayó tanto para hombres como para las mujeres de todas las edades. En todos los grupos, incluyendo los nacidos en los Estados Unidos, las mujeres adultas tienen niveles de pobreza más altos que los hombres.

Cabe observar que los salvadoreños presentan tasas de pobreza menores que los mexicanos y los dominicanos. Sobresalen los mejores resultados para los salvadoreños por el hecho de que poseen niveles de capital humano —educación, experiencia potencial y dominio del inglés— muy parecidos a los de los mexicanos. Quizá las diferencias entre los salvadoreños y los mexicanos estén relacionadas con el estatus migratorio de los dos grupos. Es probable que haya más mexicanos indocumentados que salvadoreños en esa condición debido a la existencia de visas especiales para esta última población mediante el programa de estatus protegido provisional TPS.<sup>17</sup> Según el análisis de Mehta y otros (2002), los trabajadores documentados ganan más que los indocumentados.<sup>18</sup> Otra posible explicación es que los mexicanos se encuentran en mercados laborales segmentados y relativamente mal pagados en comparación con los salvadoreños; como ya se vio, por ejemplo, un porcentaje importante de inmigrantes mexicanos trabaja en el sector agrícola, frente a pocos casos de salvadoreños.

Mediciones de pobreza de los inmigrantes realizadas con otro universo muestral, como las de Camarota con datos de la encuesta actual de población (CPS)<sup>19</sup> (véase el cuadro 10), evidencian también que los individuos provenientes de México, la República Dominicana y El Salvador presentan tasas de pobreza más altas que los nacidos en los Estados Unidos: aproximadamente, 32,5% de los inmigrantes de la República Dominicana, 25,8% de los mexicanos y 15,7% de los salvadoreños son pobres, mientras que en esa categoría se ubica el 11,2% de los estadounidenses por nacimiento. En tanto que 28,8% de los pobres nacidos en los Estados Unidos tienen un ingreso per cápita menor en 200% a la línea de pobreza, el porcentaje se eleva a poco menos de dos tercios en el caso de los pobres de origen mexicano y dominicano.

Como se observa, nuestros cálculos con los censos decenales del cuadro 9 concuerdan aproximadamente con los resultados obtenidos por Camarota (2001), expuestos en el cuadro 10, para el caso de los inmigrantes mexicanos y salvadoreños. No obstante, hay diferencias marcadas en las estimaciones de pobreza para la población dominicana, que pueden atribuirse parcialmente a las diversas muestras de los censos y de la encuesta actual de población, o bien a la forma diversa en que pueden haberse agregado las categorías de inmigrantes en ambos estudios.

El cuadro 10 evidencia que el uso de programas de transferencias del Estado —ingresos suplementarios, asistencia pública, estampillas para alimentos y *Medicaid*— es más alto entre los inmigrantes que entre los nacidos en los Estados Unidos. Entre los hogares con jefe de familia nacido en los Estados Unidos, el uso de programas de asistencia pública era de 13,3%. En los hogares inmigrantes, la cifra alcanzaba a 26% de los salvadoreños, 28,9% de los mexicanos y 54% de los dominicanos. Sin embargo, la contribución de la asistencia pública a los ingresos totales no es grande (Camarota, 2001); ella sólo constituía 1,9% de los ingresos totales de los hogares mexicanos, 1,8% de los salvadoreños y 8% de los dominicanos; en el caso mexicano y salvadoreño, las cifras resultaron menores que el promedio de 2,1% para los hogares nacidos en los Estados Unidos.

De igual manera, los datos para la proporción de la población inmigrante que no tiene acceso a seguro médico son mucho más altos que para los nacidos en los Estados Unidos (cuadro 10). Se estima que 57,4% de los salvadoreños, 52,6% de los mexicanos y 38% de los dominicanos no tienen acceso a un seguro médico.

<sup>17</sup> Datos de la INS (2001, cuadro Q, p. 214) sugieren que la población indocumentada nacida en México creció de 2 millones a 4,8 millones. Según la misma fuente, el número de indocumentados salvadoreños cayó de 300.000 a 190.000.

<sup>18</sup> También Tienda y Singer (1995) observan en su estudio acerca del impacto de la duración en los Estados Unidos sobre los sueldos de inmigrantes indocumentados, que los mexicanos recibían el menor ingreso de todos los grupos estudiados.

<sup>19</sup> La encuesta actual de población, efectuada por el Buró del Censo, es una encuesta mensual, con una muestra de alrededor de 50.000 hogares, y cuyo principal propósito es recolectar datos sobre empleo. Se puede obtener mayor información en el sitio web: <http://www.bls.census.gov/cps/cpsmain.htm>

## 5. Vivienda y transporte

El cuadro 11 contiene datos relativos al tipo de vivienda de cada hogar. Así, de los nacidos en los Estados Unidos, 74% vivía en una casa en 2000. Ahora bien, las tasas de ocupación de una casa son menores para México, El Salvador y la República Dominicana: de los inmigrantes mexicanos, 53%, y 47% de los salvadoreños. A su vez, los inmigrantes de la República Dominicana acusan la tasa más baja de ocupación en una casa y la tasa más alta de vivir en un departamento (78% en 2000). Sin embargo, este hecho probablemente refleja los patrones de dispersión de los asentamientos dominicanos, pues la mayoría vive en Nueva York (Castro y Boswell, 2002).

Es pertinente aclarar que entre 1990 y 2000 disminuyó el porcentaje de mexicanos, salvadoreños y dominicanos que vivían en departamentos, mientras que ascendió el porcentaje de propietarios de una casa. Los mexicanos en 2000 demuestran tener una tasa de propiedad más elevada, de alrededor del 43%, comparado con los salvadoreños (38%) y con los dominicanos (23%).

Los inmigrantes de los tres países gastan más en vivienda que los nacidos en los Estados Unidos. En 2000 cerca del 10% de los estadounidenses gastaron más de 50% del total de sus ingresos para pagar el costo de vivienda, en tanto que los mexicanos emplearon 13%, los salvadoreños 14% y los dominicanos 20%.

Tener acceso a un vehículo es importante en los Estados Unidos, particularmente fuera de áreas urbanas, donde no hay buen transporte público. Entre los tres grupos de emigrantes en 2000 eran los mexicanos quienes mayoritariamente poseían dos o más vehículos (55%), en tanto que la población dominicana obtuvo el menor porcentaje de hogares con dos o más vehículos (cerca del 24%).

### **III. La inserción de los hombres y las mujeres inmigrantes en el mercado de trabajo estadounidense**

---

En los dos capítulos anteriores se resumió la historia de la migración desde México, El Salvador y la República Dominicana hacia los Estados Unidos y se analizaron las condiciones generales de vida de los inmigrantes después de su llegada al país.

El tema de este capítulo se centra en la integración de las mujeres inmigrantes en el mercado de trabajo de los Estados Unidos. Como se verá, según los datos de los censos decenales de 1990 y 2000, existe una brecha económica considerable entre las condiciones que enfrentan las mujeres y los hombres inmigrantes. Las inmigrantes se rezagan con respecto a la participación en el trabajo remunerado y, cuando trabajan, suelen ganar menos que los hombres. Estas diferencias brutas en cuanto al empleo y al pago no desaparecen si se toman en cuenta las diferencias en las características (escolaridad, edad, tiempo en los Estados Unidos y otras) de las mujeres y los hombres inmigrantes. De hecho, las mujeres inmigrantes por lo general tienen un nivel de “capital humano” a la par o mejor que el de los hombres inmigrantes, lo que dificulta explicar las sustanciales brechas entre ambos. Una explicación parcial de lo que se observa es la existencia de una segregación ocupacional marcada, proceso social y económico que dirige a las mujeres inmigrantes hacia puestos de trabajo en un número reducido de ocupaciones con salarios bajos y con una concentración alta de mujeres e inmigrantes.

La primera parte del capítulo resume las brechas brutas entre mujeres y hombres inmigrantes con respecto a la tasa de empleo, ingresos anuales del trabajo y el salario por hora. En la segunda se descomponen las brechas de ingreso y salario en dos porciones distintas: la que refleja diferencias en las características económicas de las y los inmigrantes, por un lado, y la porción que refleja diferencias en el trato de las y los inmigrantes con características idénticas, por otro. En la última se investiga el nivel de segregación ocupacional de las inmigrantes en el mercado laboral y se analiza la contribución de la segregación ocupacional a la brecha de género.

## 1. Una panorámica de las brechas brutas<sup>20</sup> de género

Existen diferencias notorias entre las experiencias de las mujeres y los hombres en el mercado de trabajo de los Estados Unidos en 2000. Con respecto al nivel de empleo y remuneración anual y por hora, las mujeres nacidas en los cuatro países experimentan resultados económicos inferiores a sus compatriotas masculinos (véanse el cuadro 12 y los gráficos 11, 12 y 13).

### a) Tasa de empleo

Como se muestra en el gráfico 11, en 2000 las mujeres nacidas en los cuatro países no trabajaban en la misma proporción que los hombres correspondientes. La brecha de empleo es especialmente grande para las mujeres nacidas en México. Sólo 41,6% de las mexicanas trabajaban en el año 2000, en comparación con 70,6% de los mexicanos. Aun en el mejor de los casos, en los inmigrantes de la República Dominicana la brecha es sustancial (48,8% de las mujeres y 62% de los hombres). Las mujeres inmigrantes también se rezagan mucho respecto de las mujeres nacidas en los Estados Unidos. Aproximadamente dos tercios (67,7%) de las mujeres nacidas en los Estados Unidos se hallaban en el mercado de trabajo. En contraste, en el caso de las mujeres salvadoreñas —el grupo de inmigrantes con el mayor nivel de participación— sólo 53,9% de éstas trabajaban.

### b) Ingresos anuales de trabajo

El gráfico 12 muestra los ingresos anuales medios (solamente ingresos del trabajo) en el año 2000, de las mujeres y de los hombres nacidos en los cuatro países analizados. En todos los casos, los hombres ganan mucho más que las mujeres nacidas en el mismo país. La brecha más pequeña —en términos proporcionales— es la de la República Dominicana (aproximadamente 24%); entre los inmigrantes la brecha más grande es la de El Salvador (aproximadamente 29%). Sin embargo, en términos absolutos y proporcionales, la brecha de género más grande es la que enfrentan las mujeres estadounidenses (aproximadamente 38%). Por una parte, la mujer media nacida en los Estados Unidos gana más que el hombre medio inmigrante; ahora bien, los hombres de ese país, por lo general, ganan mucho más que las mujeres de la misma nacionalidad y que los hombres nacidos en los demás países considerados.

### c) Salario por hora

En el gráfico 13 se expone el salario medio en el año 2000 de los trabajadores nacidos en los cuatro países. La pauta de la brecha salarial se parece mucho a la que se observó en el caso de los ingresos anuales. La brecha más pequeña —en términos proporcionales— es la de la República Dominicana (aproximadamente 7%); entre los inmigrantes, la brecha más grande es la de El Salvador (aproximadamente 17%). No obstante, en términos absolutos y proporcionales, la brecha de género más grande es la que corresponde a los nacidos en los Estados Unidos (aproximadamente el 24%). Igual que en el caso anterior, la mujer media estadounidense gana más que el hombre medio inmigrante, y los hombres nacidos en los Estados Unidos, por lo general, ganan mucho más que las mujeres nacidas de su mismo país y que los hombres nacidos en los demás países. Vale la pena resaltar

---

<sup>20</sup> Las brechas “brutas” son las brechas que se observan directamente en los datos, sin tomar en cuenta diferencias de composición que se analizarán más tarde, en las que se consideran capital humano.

que las brechas salariales son más pequeñas (en términos proporcionales) que las brechas de ingresos, porque los ingresos anuales reflejan tanto el salario por hora como las horas trabajadas al año. Ya que las mujeres suelen trabajar menos horas que los hombres al año, la brecha con respecto al ingreso anual es más grande que la brecha relacionada con el salario por hora.

## 2. Una descomposición formal de las brechas de ingresos y salarios

En el análisis de las brechas de ingreso y salario se distinguen dos segmentos: la porción que refleja diferencias en las características económicas de las y los inmigrantes, por una parte y, por otra, aquella porción en que se traducen diferencias de trato de las y los inmigrantes, a pesar de que ambas tengan características idénticas o muy semejantes.

La teoría económica y una historia amplia de investigación empírica han establecido una estrecha relación entre el “capital humano” (las calificaciones formales e informales, observables y no observables por parte de los investigadores económicos) y los resultados obtenidos en el mercado de trabajo. Los individuos con un alto nivel de escolaridad, entrenamiento formal y experiencia laboral, por ejemplo, suelen trabajar en mayores proporciones —y ganar más— que personas con poca formación formal o experiencia laboral. Por lo tanto, una posible explicación de las brechas de género mostradas en los gráficos 11, 12 y 13 sería que las mujeres inmigrantes tienen un nivel de capital humano inferior al alcanzado por los hombres inmigrantes. En esta parte del capítulo se investigó esta hipótesis, llevando a cabo una descomposición formal de la brecha salarial.<sup>21</sup>

La descomposición, que sigue las líneas trazadas por Oaxaca (1973) y Blinder (1973), intenta dividir la brecha total en tres partes distintas. La primera parte corresponde a las diferencias en las características entre las mujeres y los hombres inmigrantes. Estas diferencias, con respecto a escolaridad, edad (como variable *proxy* de años de experiencia laboral), tiempo vivido en los Estados Unidos, dominio del inglés y ciudadanía estadounidense, tienen que ver con el nivel del capital humano —ampliamente definido— que llevan las mujeres al mercado de trabajo. La segunda parte de la descomposición refleja *el trato diferencial de las mujeres por parte del mercado laboral*. Este trato desigual se relaciona con diferencias en los rendimientos económicos asociados a las variables del capital humano. Por ejemplo, podría ser que las mujeres que se graduaran de la universidad ganaran (sistemáticamente) más o menos que los graduados masculinos. Algunos investigadores han planteado que esta porción de la descomposición mide el nivel de discriminación en el mercado de trabajo.<sup>22</sup> La tercera y última parte de la descomposición es la porción de la brecha no explicada ni por diferencias en la distribución del capital humano ni por diferencias en el funcionamiento y trato desigual del mercado, un residuo no explicado.

Formalmente se puede calcular la descomposición de la siguiente manera. Primero, se estiman (con el estimador por mínimos cuadrados ordinarios) dos ecuaciones:

$$(1a) \quad w_h = X_h\beta_h + \varepsilon_h$$

$$(1b) \quad w_m = X_m\beta_m + \varepsilon_m$$

donde  $w$  es un vector (de dimensión  $1 \times N$ ) del salario por hora (expresado en logaritmos de dólares constantes de 1999);  $X$  es una matriz (de dimensión  $N \times k$ ) de  $k$  características relacionadas con el capital humano;  $\beta$  es un vector (de dimensión  $k \times 1$ ) de parámetros por estimar;  $\varepsilon$  es un término de error

<sup>21</sup> Para hacer más transparente el análisis no se trata en el texto ni en los gráficos el caso de los ingresos anuales. Sin embargo, un análisis paralelo —con resultados muy parecidos— se incluye en los cuadros principales. No se intenta una descomposición de la tasa de empleo, que tiene una variable dependiente dicotómica. Fairlie (1999, 2003) ha desarrollado una metodología adecuada para tales casos, pero no se puede utilizar aquí por razones conceptuales: no se puede observar la ocupación de las personas sin trabajo pagado.

<sup>22</sup> La segunda parte de la descomposición también incluye el efecto de características no observables por parte de los investigadores (pero sí observables por parte de los que pagan los sueldos de los trabajadores) y correlacionados con las variables incluidas en las regresiones.

aleatorio; el subíndice h se refiere a hombres; el subíndice m se refiere a mujeres; y N es el número total de hombres o mujeres en cada grupo.<sup>23</sup>

Segundo, restando (1b) de (1a), luego, sumando y restando  $X_m\beta_h$  del resultado, y evaluando X al medio de los valores de cada componente, se puede ver que:

$$(2) \quad w_h - w_m = (X_h - X_m)\beta_h + X_m(\beta_h - \beta_m)$$

El segundo término en (2),  $(X_h - X_m)\beta_h$ , se puede interpretar como el impacto de las diferencias con respecto al capital humano entre hombres ( $X_h$ ) y mujeres ( $X_m$ ), valorizadas con las estimaciones para los hombres ( $\beta_h$ ) de los rendimientos de estas características. El último término en (2),  $X_m(\beta_h - \beta_m)$ , se puede interpretar como el efecto del trato desigual ( $\beta_h - \beta_m$ ) de las características de las mujeres ( $X_m$ ).<sup>24</sup>

Antes de realizar la descomposición formal, vale la pena examinar con cierto detalle, primero, las características (las X) de las mujeres inmigrantes en los datos directos, y segundo, los rendimientos de las mismas características (las  $\beta$ ).

### a) Las brechas y el “capital humano”

Nuestro análisis toma en cuenta los siguientes aspectos del capital humano de los individuos: la escolaridad (independiente del país en que se impartió), la edad (como variable *proxy* de la experiencia potencial), el tiempo en los Estados Unidos (como variable *proxy* de la experiencia potencial con el mercado de trabajo específico de los Estados Unidos), la ciudadanía estadounidense (que podría proporcionar ciertas protecciones formales y no formales a los trabajadores en el mercado laboral) y dominio del inglés (según la autoevaluación del individuo). Con respecto a casi todos estos indicadores del capital humano, las mujeres inmigrantes tienen niveles de capital humano equivalentes o mejores que los de los hombres inmigrantes.

i) Escolaridad.<sup>25</sup> Los gráficos 14, 15 y 16 describen para el año 2000 la distribución por sexo de la educación formal entre los mayores de 17 años en las cuatro poblaciones definidas por país de nacimiento. En el gráfico 14 se reproduce el porcentaje de cada grupo que tiene educación primaria o menor. Entre la población nacida en los Estados Unidos, menos del 5% de mujeres y hombres están en esta categoría mínima de escolaridad. El porcentaje de inmigrantes en la misma situación, en cambio, es significativo: aproximadamente, 45% de los mexicanos, 38% de los salvadoreños y 25% de los dominicanos tienen únicamente educación primaria. Las diferencias por sexo son marginales. En el otro extremo de la distribución (véase el gráfico 16), un poco más de la quinta parte de la población estadounidense por nacimiento (21,3% de las mujeres y 23,4% de los hombres) tienen un título universitario o más, en comparación con menos del 10% de los inmigrantes. Entre los inmigrantes, los dominicanos presentan las tasas más altas de educación universitaria y de posgrado (8,8% de las mujeres y 8,6% de los hombres). Las tasas de los mexicanos y los salvadoreños corresponden a aproximadamente la mitad de las de los dominicanos. En la presente investigación, sin embargo, la característica que más llama la atención es la evidente similitud entre las distribuciones educativas de las mujeres y los hombres (véanse los gráficos 14, 15 y 16). Al menos con respecto a escolaridad, las mujeres inmigrantes llegan al mercado de trabajo en los Estados Unidos con una formación muy parecida a la de sus compatriotas masculinos.

ii) Edad en tanto *proxy* de experiencia laboral potencial. En los gráficos 17, 18, 19 y 20, se comparan la estructura de edad, por sexo, de las cuatro poblaciones. Como puede verse de inmediato, la población nacida en los Estados Unidos tiene una concentración alta —con respecto a los demás países de origen— de niños entre cero y 17 años. Esta misma población presenta una distribución relativamente igual entre todos los grupos de edad mayores a los 17 años. En cambio, la población

<sup>23</sup> Las ecuaciones (1a) y (1b) se estiman separadamente con los datos que corresponden a los individuos nacidos en cada uno de los cuatro países.

<sup>24</sup> Estos dos términos corresponden a la primera y segunda parte de la descomposición del párrafo anterior. La tercera parte de la descomposición corresponde al constante de la regresión que se incluye para simplificar la exposición en la matriz, X, y el vector,  $\beta$ .

<sup>25</sup> La primaria completa supone ocho años de escolaridad, y la secundaria completa 12 años.

nacida en los tres países extranjeros tiene una alta concentración entre los 25 y 44 años, y relativamente pocos miembros más jóvenes o más viejos. Al igual que en el caso de la escolaridad, lo que más se destaca para el análisis presente es la similitud entre las distribuciones por género en los cuatro países. Las mujeres inmigrantes no parecen diferenciarse mucho de los hombres inmigrantes con respecto a su nivel de experiencia potencial en el mercado de trabajo.

iii) Tiempo en los Estados Unidos. Se podría esperar que la experiencia laboral en los Estados Unidos —a diferencia de la experiencia laboral en otro mercado laboral— tuviera un valor especial en el mercado estadounidense. Los gráficos 21, 22 y 23 exponen las distribuciones, por sexo, del tiempo que los inmigrantes de los tres países llevan en los Estados Unidos. Las distribuciones de las tres poblaciones inmigrantes siguen casi la misma pauta. Una mayoría de la población nacida fuera del país ha llegado en las últimas dos décadas. En los casos de México y de la República Dominicana, el grupo más grande de inmigrantes es el que ha llegado en la última década; en el caso de El Salvador, el grupo más grande arribó durante la década de los ochenta, seguido por el grupo de los noventa. Consecuente con lo que hemos visto con respecto a la educación formal y la edad, las distribuciones de tiempo en los Estados Unidos son muy parecidas para las mujeres y los hombres de cada país. La única diferencia notable entre las distribuciones para hombres y mujeres es la mayor concentración de los hombres inmigrantes durante la última década.<sup>26</sup> Esta concentración de hombres en el grupo con menos tiempo en los Estados Unidos hace que las mujeres en conjunto tengan un promedio de años en los Estados Unidos por encima del promedio correspondiente para los hombres.

iv) Ciudadanía estadounidense. El gráfico 24 muestra el porcentaje, por sexo, de cada población nacida en el exterior que se ha naturalizado. En el año 2000, la mayoría de las poblaciones nacidas en los tres países estudiados no había accedido ciudadanía estadounidense. La población originaria de México ostentaba las tasas más bajas (25,8% para mujeres, 21,9% para hombres); la población dominicana, las más altas (40,1% para mujeres, 32,3% para hombres). Las diferencias por sexo son marcadas. En los tres casos, las mujeres tenían ciudadanía estadounidense en mayores proporciones que los hombres.<sup>27</sup>

v) Dominio del inglés. Con respecto a la escolaridad, la edad, el tiempo en los Estados Unidos y la ciudadanía, los datos directos del censo del 2000 establecen que las mujeres inmigrantes poseen un nivel de capital humano equivalente o mejor que el de los hombres. El gráfico 25 muestra los primeros datos que indican una debilidad relativa por parte de las mujeres inmigrantes: la proporción por sexo de las tres poblaciones que responden que no hablan el inglés o que lo hablan con dificultad. Más de 40% de los inmigrantes manifiestan que no dominan el inglés. Los mexicanos tienen las mayores dificultades, más de la mitad o no hablan el idioma o lo hacen con dificultad. Los dominicanos revelan el mejor desempeño en inglés, pero más del 40% no hablan o experimentan dificultades. En cada una de las tres poblaciones inmigrantes, los hombres dominan mejor el inglés que las mujeres.

La desventaja de las mujeres con respecto al inglés puede ser a la vez un fenómeno de causa y efecto de la menor tasa de empleo de las mujeres. Es fácil imaginar que las mujeres con bajo rendimiento en inglés experimenten mayores obstáculos para conseguir trabajo; a la inversa, las mujeres que no trabajan carecen de oportunidades para mejorar su destreza con el inglés.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Fenómeno que se nota también en los datos del censo de 1990, hecho consecuente con la observación de que, dentro de las olas migratorias, los hombres suelen migrar antes que las mujeres.

<sup>27</sup> Los datos del censo no permiten distinguir entre inmigrantes documentados y no documentados. La segregación del mercado laboral por estatus migratorio y por género conlleva a que haya diferencias en los sueldos e ingresos por persona. Es muy probable que el estatus migratorio afecte el salario. Mehta y otros, 2002, en su análisis del mercado laboral en Chicago observan que los trabajadores indocumentados ganan significativamente menos que los documentados. Esta desventaja es más grande para las mujeres que para los hombres. La reducción en el sueldo para mujeres indocumentadas es de 36% y para los hombres de 22%, en comparación con sus contrapartes documentados.

<sup>28</sup> La capacidad lingüística de cada individuo es resultado de una evaluación hecha por el mismo individuo o por la persona que llena el formulario del censo. Es probable que las mujeres sean más estrictas que los hombres en cuanto a la autoevaluación de la facilidad con el idioma. También podría ser que cuando los hombres llenan el formulario del censo sean más estrictos en su evaluación de las capacidades de otros miembros del hogar.

## b) Trato divergente de hombres y mujeres con características idénticas o muy semejantes

Según los datos de los censos, las mujeres y los hombres inmigrantes tienen niveles parecidos de escolaridad, estructuras semejantes de edad, llevan aproximadamente el mismo tiempo en los Estados Unidos y gozan casi de la misma posibilidad de ser ciudadanos estadounidenses. Los hombres hablan mejor el inglés, pero es difícil creer que una desventaja leve por parte de las mujeres a este respecto explique las grandes brechas en cuanto al empleo y remuneración. Por lo tanto, en los próximos párrafos se indagará sobre el funcionamiento diferencial del mercado de trabajo, contrastando los rendimientos divergentes del capital humano en los casos de las mujeres y los hombres inmigrantes. Se ha estimado una serie de ecuaciones al estilo de (1a) para mujeres y (1b) para hombres, y se toman los coeficientes resultantes como aproximaciones de los rendimientos de los distintos indicadores del capital humano. Los cuadros 13A, 13B, 14A, 14B, 15A y 15B contienen los resultados completos de las regresiones.<sup>29</sup>

i) Escolaridad. En los gráficos 26, 27, 28 y 29 se comparan los rendimientos en 2000 de la escolaridad para mujeres y hombres nacidos en los cuatro países. Los rendimientos de cada uno de los niveles de educación formal se miden en puntos logarítmicos con respecto a individuos que no han terminado la escuela secundaria. Entre los nacidos en los Estados Unidos (véase el gráfico 26), los rendimientos son altos y pronunciados, por lo menos en comparación con los niveles observados entre las poblaciones nacidas en los demás países. La educación formal no parece proporcionar a los inmigrantes los mismos beneficios relativos que a los estadounidenses por nacimiento. Al mismo tiempo, el perfil de los rendimientos por sexo es diferente según el país de nacimiento. Para los nacidos en los Estados Unidos y especialmente para los mexicanos, los rendimientos para las mujeres son más altos que para los hombres.<sup>30</sup> En el caso de los dominicanos, los rendimientos para los hombres son siempre más elevados que para las mujeres. En cuanto a los salvadoreños, los beneficios económicos de la educación no acusan diferencias marcadas de género. En todos los casos, con la excepción de las primeras dos clasificaciones educacionales para mujeres dominicanas y la primera categoría para hombres dominicanos, las estimaciones de los rendimientos son estadísticamente diferentes de cero al nivel 0,05 o menor.

ii) Edad (experiencia potencial). En los Estados Unidos los salarios crecen considerablemente con la edad (véase el gráfico 30). El efecto es más grande y más pronunciado para los hombres que para las mujeres. En cambio, entre los inmigrantes la edad tiene poco efecto sobre los salarios, tanto para hombres como para mujeres (véanse los gráficos 31, 32 y 33).<sup>31</sup> Entre los inmigrantes, en algunos casos las estimaciones de los rendimientos de edad para los mayores (54 a 64) no se pueden distinguir estadísticamente de los salarios de los jóvenes (18 a 24), por ejemplo, entre los hombres salvadoreños, y las mujeres y los hombres dominicanos.

iii) Tiempo en los Estados Unidos. El tiempo vivido en los Estados Unidos también puede funcionar como una variable *proxy* de la experiencia laboral (potencial) en el mercado laboral estadounidense, y de hecho, los salarios de las y los inmigrantes, por lo general, aumentan con el tiempo. El caso mexicano es el más definido. Un hombre nacido en México que ha vivido entre 21 y 25 años en los Estados Unidos gana más de 0,20 puntos logarítmicos (un poco más de 20%) que un inmigrante mexicano idéntico que lleva solamente de cero a cinco años residiendo en este país (véase el gráfico 34). El efecto es parecido, pero más pequeño, para las trabajadoras mexicanas. Los hombres

---

<sup>29</sup> Los cuadros 13A y 13B muestran los resultados de un análisis de los determinantes del empleo de las mujeres y los hombres; los cuadros 14A y 14B, los determinantes de los ingresos anuales, y los cuadros 15A y 15B, los del salario por hora.

<sup>30</sup> Es necesario destacar que los rendimientos son únicamente relativos a lo que gana un individuo sin bachillerato, distinguiendo en las regresiones hombres y mujeres. Por tanto, los coeficientes parecidos para mujeres y hombres no significan que una mujer con estudios de posgrado, por ejemplo, gane más o menos de lo que gana un hombre con estudios de posgrado. Por lo general, las mujeres en cada nivel de educación formal ganan menos que sus compatriotas en el mismo nivel educativo. El gráfico sólo muestra que los rendimientos relativos son parecidos para las mujeres y los hombres.

<sup>31</sup> Los hallazgos de Powers y Seltzer (1998) para hombres y mujeres indocumentados concuerdan con los datos para los perfiles de ingresos para hombres y mujeres inmigrantes. Powers y Seltzer observan que ambos mejoran sus ingresos y su estatus ocupacional entre sus primeros trabajos al llegar a los Estados Unidos y antes de solicitar la legalización bajo la IRCA. La movilidad de ingresos y de estatus ocupacional es más grande para hombres que para mujeres.

salvadoreños siguen la misma pauta, con la excepción de quienes llevan más años en el país, que no parecen ganar más que los recién llegados (la diferencia es de 0,192 puntos logarítmicos, pero el efecto no es estadísticamente significativo).

La pauta seguida por las salvadoreñas, las dominicanas y los dominicanos es diferente, sobre todo cuando se toman en cuenta los errores estándar de los coeficientes expuestos en los gráficos 35 y 36. Para las salvadoreñas, el perfil de la experiencia en los Estados Unidos no es estadísticamente diferente a cero. En el caso de las dominicanas, sólo los rendimientos de la experiencia en los Estados Unidos para aquéllas que llevan más de 30 años son estadísticamente significativos; en el caso de los dominicanos, sólo los rendimientos para los que tienen de 26 a 30 años y más adquieren una importancia estadística.

iv) Ciudadanía estadounidense. Ya hemos visto que las mujeres inmigrantes de los tres países tienen mayor probabilidad de ser ciudadanas de los Estados Unidos. Pero el gráfico 37 muestra que son los hombres inmigrantes los que más beneficios reciben de la ciudadanía. Entre la población nacida en la República Dominicana, la ventaja de los hombres es mínima: 0,107 puntos logarítmicos para los hombres, 0,104 puntos para las mujeres, siempre con respecto a un trabajador o una trabajadora idéntico o idéntica sin ciudadanía estadounidense. En los casos de los mexicanos y los salvadoreños, las diferencias son más grandes: 0,019 puntos extra para los trabajadores mexicanos con respecto a las trabajadoras mexicanas, y 0,031 puntos de ventaja para los salvadoreños en comparación con las salvadoreñas. En todos los casos, los rendimientos económicos de la ciudadanía estadounidense están estadísticamente bien definidos.

v) Dominio del inglés. En el gráfico 38 se resumen los rendimientos de dominio del inglés, según sexo y país de nacimiento. Ya hemos notado que los hombres inmigrantes de los tres países parecen dominar el inglés mejor que las mujeres inmigrantes de los mismos países. En el caso de los salvadoreños, los rendimientos del inglés son mayores para las mujeres (0,111 puntos logarítmicos; error estándar de 0,036) que para los hombres (0,075 puntos; error estándar 0,028), pero no se puede distinguir estadísticamente entre los dos coeficientes. En el caso de los dominicanos, las mujeres (0,079 puntos; error estándar 0,045) también parecen beneficiarse más de la ciudadanía que los hombres (0,032; error estándar 0,042), pero los rendimientos no son significativamente diferentes de cero, ni uno del otro. Por el contrario, los rendimientos de la ciudadanía sí son más altos para los trabajadores mexicanos (0,108 puntos logarítmicos; error estándar 0,008) que para las trabajadoras mexicanas (0,068 puntos; error estándar 0,013).

### c) Descomposición formal de las brechas salariales

Después de haber repasado la distribución de características de las poblaciones inmigrantes y las estimaciones del valor económico en el mercado de estas características, se puede volver a la descomposición descrita en la ecuación (2). Como se recordará, la descomposición divide la brecha salarial de género en tres partes: la parte relacionada con las diferencias en las características de las trabajadoras y los trabajadores inmigrantes; la parte relacionada con las diferencias de género en el valor económico asignado a estas características; y la parte que no se puede explicar por ninguna de estas dos razones. La primera mirada que ya se ha dado a las características y sus rendimientos ha señalado los resultados cualitativos con respecto a los varios componentes de la descomposición. En lo que sigue, se examinarán los resultados cuantitativos después de tomar en cuenta, simultáneamente, todos los efectos distintos.

El cuadro 16 (parte b) muestra los resultados de la descomposición de la brecha salarial en los años 1990 y 2000 para las cuatro poblaciones definidas por el país de nacimiento. La primera fila de la parte (b) cuantifica la brecha total (en puntos logarítmicos) entre el salario medio de los hombres y el de las mujeres en cada población. La segunda fila (en cursiva) cuantifica la parte de la brecha total que se debe a las diferencias entre las características femeninas y masculinas. Las siguientes cinco filas especifican las partes de la brecha total que corresponden a las diferencias de composición con respecto a cada uno de los indicadores del capital humano. La octava fila proporciona la parte de la brecha total debida a las diferencias en el trato en el mercado de las mujeres y los hombres con las mismas

características laborales. Nuevamente, en las filas siguientes esta cifra global se divide en la parte relacionada con cada uno de los componentes. En la última fila se observa la porción de la brecha total que no puede explicarse ni por las diferencias en las características ni por las diferencias en los precios asignados a estas características por el mercado laboral.

En el caso de los nacidos en los Estados Unidos, en 2000 la brecha total era de 0,251 puntos logarítmicos. Las diferencias entre las mujeres y los hombres en cuanto a las características de las mujeres contribuyeron con -0,011 puntos a la brecha. El efecto “negativo” significa que, según el valor determinado por el mercado, la mezcla de las características de las trabajadoras valía más que las características de los trabajadores masculinos; o sea que, dadas las características de las mujeres y de los hombres nacidos en los Estados Unidos, se supondría que las mujeres ganarían más —y no menos— que los hombres. Se puede ver que este efecto de composición refleja el mejor nivel educativo de las mujeres (-0,013 puntos), mientras que las diferencias de edad no tienen un impacto significativo (0,002) sobre la brecha. Al mismo tiempo, las diferencias en la valorización por el mercado de trabajo de las varias características femeninas y masculinas contribuyeron con 0,119 puntos, es decir, la mitad de la brecha total observada. Los rendimientos de escolaridad más altos para las mujeres hicieron más difícil explicar la brecha (-0,016), pero los rendimientos de edad muy inferiores en el caso de las mujeres (véase el gráfico 30) explicaron la mayor parte de la brecha total (0,135 puntos). La descomposición esclarece una parte importante de la brecha observada, pero deja un poco más de la mitad de la brecha sin explicación (0,143 puntos).

En el caso de los mexicanos, la brecha total en el 2000 fue de 0,167 puntos. Las diferencias de composición ampliaron la brecha (-0,053 puntos), reflejando las mejores cualidades laborales (por lo menos, valorizadas con los precios establecidos en el mercado) de las trabajadoras mexicanas en lo que respecta a cada uno de los indicadores del capital humano.<sup>32</sup> En cambio, el funcionamiento diferencial del mercado de trabajo con respecto a las mujeres mexicanas explicaba aproximadamente el 70% (0,117 puntos) de la brecha total. Las mujeres mexicanas gozaban de mejores rendimientos de escolaridad (contribución de -0,022 puntos), pero padecían de menores rendimientos por edad (0,050), por años en los Estados Unidos (0,063), y por el dominio del inglés (0,020). La descomposición deja sin explicación alrededor de 0,103 puntos de la brecha total.

En términos cualitativos, la descomposición salvadoreña se parece mucho a la mexicana. La brecha total es de 0,179 puntos, en la que las diferencias de composición contribuyeron con -0,040 puntos y las diferencias del funcionamiento del mercado, con 0,123 puntos, dejando 0,096 puntos sin explicación. Igual que las mexicanas, según la descomposición, las trabajadoras salvadoreñas tuvieron mejores atributos laborales que sus compatriotas. En cuanto al funcionamiento del mercado y la posible discriminación en contra de las mujeres, las desventajas económicas de las salvadoreñas, tal como se observaba en el caso mexicano, se concentran en los rendimientos de la edad (0,081 puntos) y el tiempo en los Estados Unidos (0,054).

La descomposición de la brecha dominicana se distingue un poco de las tres primeras. La brecha total es más angosta (0,126 puntos) y la parte relacionada con los rendimientos diferenciales por sexo es relativamente pequeña (0,035 puntos). Según la valorización de las características laborales llevada a cabo por el análisis de regresión, las trabajadoras dominicanas se presentaron en el mercado de trabajo con características laborales mejores a las de los trabajadores dominicanos. El funcionamiento del mercado perjudicó a las dominicanas con respecto a los dominicanos debido al impacto sobre los rendimientos de la educación formal (0,021 puntos) y de la estructura de edad (0,049 puntos). Después de tomar en cuenta las dos fuerzas contradictorias —las diferencias con respecto a las características que agrandan la brecha, y las diferencias en cuanto al funcionamiento de mercado que disminuyeron la brecha—, la mayor parte (0,121) de la brecha total (0,126) queda sin explicación.

Como ya se ha mencionado, la descomposición deja una parte de la brecha total “sin explicación.” En los cuatro casos examinados en el cuadro 16, la parte sin explicación representa un

<sup>32</sup> La superioridad de las características de las mujeres se puede deducir de los signos negativos de cada uno de los componentes relacionados con las mismas características.

segmento de la brecha total. En 2000, por ejemplo, la brecha no explicada en el caso de los Estados Unidos fue de 0,143 puntos de un total de 0,251 puntos; en el caso mexicano, fue de 0,103 de 0,167 puntos totales; para los salvadoreños, 0,096 de 0,179 puntos; y en el caso dominicano, 0,121 de 0,126 puntos. Por definición, poco se puede decir sobre la parte “no explicada” por el modelo. Sin embargo, el saldo residual podría reflejar, entre otros factores, la exclusión de variables importantes en las regresiones del salario por hora (muchas de ellas de naturaleza no observable por parte de los investigadores, pero sí observables de una manera u otra por parte de los participantes en el mercado de trabajo) o la especificación equivocada de los determinantes del salario por hora.<sup>33</sup>

### 3. La contribución de la segregación ocupacional a la brecha de género

La descomposición formal señala dos aspectos clave de la experiencia de las inmigrantes en el mercado de trabajo de los Estados Unidos. Primero, las trabajadoras inmigrantes, al igual que las mujeres nacidas en los Estados Unidos, no ganan menos que sus compatriotas masculinos porque tengan características laborales inferiores a las de ellos. Precisamente, las características de las inmigrantes, por lo general, son mejores que los atributos de los hombres. Segundo, una parte importante —hasta la mitad— de la brecha se debe al funcionamiento desigual del mercado de trabajo hacia las mujeres. La ventaja de las mujeres con respecto al capital humano y los rendimientos inferiores sufridos por las mujeres casi en todos los niveles de capital humano hacen pensar que los procesos de discriminación influyen en la determinación del empleo, así como la remuneración en los mercados laborales en que participan las inmigrantes.

En virtud de las pautas observadas anteriormente en los datos, las trabajadoras inmigrantes parecen ser víctimas de una doble discriminación: como inmigrantes, con respecto a las mujeres y los hombres no inmigrantes, y como mujeres, con respecto a los hombres inmigrantes. Se ha discutido mucho en la literatura económica la metodología para la detección definitiva y la medición de la magnitud de la discriminación (Ankerf, 1998; Becker, 1971; Darity, 1998; Bergmann, 1974; King, 1992; Mincer, 1980, entre otros). El número reducido de variables disponibles y la naturaleza de corte-transversal<sup>34</sup> de la *Public Use Micro Sample* (PUMS) de los Censos Decenales de la Oficina del Censo de los Estados Unidos ponen límites estrechos a un análisis más profundo de la discriminación definida como el trato divergente de trabajadores idénticos en el mismo puesto de trabajo. No obstante, por su muestra grande y por su clasificación de unas 500 profesiones, los censos sí permiten una investigación de la segregación ocupacional, uno de los canales más importantes para la discriminación funcional en el mercado de trabajo. Puede ser que, después de tomar en cuenta las diferencias con respecto al capital humano, las mujeres inmigrantes no ganen menos que los trabajadores nacidos en los Estados Unidos, o que sus compatriotas masculinos en los mismos puestos de trabajo. Sin embargo, podría ocurrir que las mujeres inmigrantes se concentraran —por razones sociales y económicas— en ocupaciones “femeninas”, o “de inmigrantes”, que tienen como característica central una remuneración baja (Bergmann 1974).

En el cuadro 17 se presenta una lista de las primeras 10 ocupaciones (de aproximadamente 500 ocupaciones en total) en el año 2000 para las mujeres nacidas en los Estados Unidos y en los tres países inmigrantes. El grado de concentración de las mujeres nacidas en los cuatro países es muy alto. Casi la tercera parte (31,2%) de las mujeres nacidas en los Estados Unidos trabajan en las primeras 10 (de 505) ocupaciones. Las inmigrantes se concentran aún más en las primeras 10 ocupaciones: mexicanas (39,1%), salvadoreñas (47,1%) y dominicanas (39,8%). Las ocupaciones más importantes para las mujeres nacidas en los Estados Unidos suelen ser menos remuneradas que las ocupaciones principales

<sup>33</sup> La literatura económica y sociológica sobre los posibles errores de especificación con respecto a ecuaciones de salario es larga y compleja. Entre muchos errores posibles, se pueden destacar para el presente contexto: la endogeneidad de la decisión de estudiar; la falta de una variable proxy válida para la experiencia laboral, sobre todo en el caso de las mujeres; los errores de medición de las distintas variables, y la posibilidad de que el proceso de determinación de los salarios sea diferente para hombres y mujeres.

<sup>34</sup> Es decir, la falta de datos longitudinales o de tipo “panel”.

de los hombres nacidos en los Estados Unidos (véase el cuadro 18), pero estas ocupaciones (por ejemplo, secretarías, profesoras, enfermeras), por lo general, pagan más que las profesiones inmigrantes (camarera, cuidado de niños, cocineras).

La concentración o segregación ocupacional se puede representar de una manera más formal. El índice de segregación Duncan mide la magnitud de la segregación en una escala de 0 (distribución ocupacional idéntica) a 1 (segregación completa), tomando en cuenta la distribución de mujeres y hombres en todas las ocupaciones, no solamente las primeras 10, como es el caso en los cuadros 17 y 18.<sup>35</sup>

En el gráfico 39 se exponen los índices de Duncan correspondientes a los años 1990 y 2000 calculados para las poblaciones nacidas en los cuatro países. Los índices constatan un nivel elevado de segregación ocupacional dentro de cada una de las poblaciones. Una interpretación algo simplificada de los índices sería que, en el 2000, un poco más de la mitad (valores del índice por encima de 0,50) de las mujeres (o de los hombres) tendrían que haber cambiado de ocupación para eliminar la segregación ocupacional presente en los datos sobre ese año.

En el gráfico 40 se puede observar que las mujeres inmigrantes son objeto de una segunda forma de segregación. Las mujeres nacidas en México, El Salvador y la República Dominicana se encuentran segregadas con respecto a las mujeres nacidas en los Estados Unidos. El nivel de segregación no es tan alto como lo es con respecto a sus compatriotas masculinos, pero alrededor del 40% de las inmigrantes tendrían que haber cambiado de ocupación para eliminar la segregación ocupacional con respecto a las mujeres nacidas en los Estados Unidos.

Una manera de medir el impacto de la segregación ocupacional sobre los salarios de las mujeres es introducir la ocupación como una variable de control en una versión de la regresión (1) que incluye, en la misma regresión, los datos de las mujeres y de los hombres:

$$(3a) \quad w = \alpha + \gamma F + X\beta + \varepsilon$$

donde  $w$  es el salario por hora en logaritmos;  $\alpha$  es una constante por estimarse;  $F$  es una variable binaria que equivale a 1 cuando la observación se refiere a una mujer, y a 0 cuando es hombre;  $X$  es un vector de características individuales (escolaridad, edad, tiempo en los Estados Unidos, dominio del inglés y ciudadanía);  $\beta$  es un vector de parámetros por estimarse ligados a cada una de las variables de características. El coeficiente  $\gamma$  tiene una interpretación útil para nuestro análisis. En una regresión como la (3a) sin las variables de control  $X$ , el coeficiente  $\gamma$  proporciona la brecha de género (en puntos logarítmicos), equivalente a calcular la media salarial para las mujeres y los hombres con los datos directos y tomar la diferencia entre las dos medias. Con las variables de control  $X$ , el coeficiente  $\gamma$  arroja la interpretación de la brecha de género que queda después de tomar en cuenta (por medio de la inclusión de las variables de control) los efectos de las diferencias en el capital humano entre las mujeres y los hombres. En el presente contexto se puede extender el análisis para incorporar el efecto de la segregación ocupacional, agregando un vector de variables para cada una de las 505 ocupaciones (menos una que sirve de punto de referencia):

$$(3b) \quad w = \alpha + \gamma F + X\beta + O\delta + \varepsilon$$

En la regresión (3b),  $\gamma$  es la interpretación de la brecha de género después de tomar en cuenta las diferencias en cuanto al capital humano y la distribución divergente de mujeres y hombres en las distintas categorías ocupacionales.

En la parte (b) del cuadro 19 se resumen los resultados de un ejercicio estadístico basado en las regresiones (3a) y (3b) con los datos de los censos de 1990 y 2000. La primera fila proporciona la brecha de género bruta, es decir, sin controles por capital humano o profesión. Por ejemplo, en el 2000 la brecha salarial (no ponderada) para las mujeres nacidas en los Estados Unidos era de -0,251 puntos logarítmicos. La inclusión de los controles por capital humano (segunda fila) hace crecer la magnitud de la brecha a -0,263 puntos. El incremento en el tamaño de la brecha después de tomar en cuenta el capital

<sup>35</sup> El índice Duncan (Duncan y Duncan, 1955),  $D$ , se define:  $D = 0.5 * \sum [(F_i / \sum F_i) - (M_i / \sum M_i)]$  donde  $F$  es el número de mujeres en la ocupación  $i$  (de un total de  $n$  ocupaciones);  $M$  es el número de hombres en las mismas ocupaciones.

humano es consecuente con los resultados anteriores que señalaban que las mujeres tienen una combinación de capital humano (por lo menos en cuanto a las variables disponibles en los censos) ligeramente superior a los hombres. Cuando sólo se incluyen variables ocupacionales (la tercera fila, que excluye las variables de capital humano), la brecha de género disminuye a -0,205 puntos, y de ello se puede inferir que alrededor del 22% (-0,047/-0,263) de la brecha entre la población nacida en los Estados Unidos se debe a la segregación ocupacional. En la cuarta fila se observa el coeficiente cuando se incluyen las variables de control de capital humano y ocupación en la misma regresión. La incorporación de las variables de control por capital humano reduce en 0,008 puntos el tamaño de la brecha con respecto a la regresión que solamente incluye las variables ocupacionales.

La metodología estadística aplicada en el caso de las tres poblaciones nacidas fuera de los Estados Unidos es idéntica. Sin embargo, a pesar de la concentración de las trabajadoras inmigrantes en un número reducido de ocupaciones mal remuneradas, tan evidente en los gráficos 39 y 40, los efectos de la segregación parecen ser más pequeños para las inmigrantes que los registrados en las mujeres nacidas en los Estados Unidos. En los tres casos, las trabajadoras inmigrantes tienen un nivel de capital humano que haría más grande la brecha de género observada en los datos directos si aquel se tuviera en cuenta (la segunda fila es siempre más negativa que la primera). Tomando esta brecha corregida por el capital humano como punto de referencia (la segunda fila), la distribución de las trabajadoras inmigrantes explica aproximadamente el 9% (0,018/0,207) de la brecha salarial entre trabajadoras y trabajadores mexicanos; el 2% (0,004/0,207) de la brecha salvadoreña, y ninguna parte de la brecha dominicana (el efecto medido no disminuye la brecha, sino que la aumenta aproximadamente 12%). Una posible explicación del aparentemente pequeño efecto de la segregación ocupacional sobre la brecha salarial es la también evidente concentración (véase el cuadro 10) de los hombres inmigrantes en ocupaciones mal remuneradas.

La descomposición de la brecha de género ha revelado que las mujeres inmigrantes no ganan menos que sus compatriotas porque ellas tengan calidades inferiores (según la valorización del mercado de trabajo). Al contrario, las mujeres inmigrantes, por lo general, le llevan una ventaja leve a los hombres nacidos en el mismo país. Esto sugiere la posibilidad de que funcionen dentro de los mercados de trabajo de los Estados Unidos los procesos de discriminación abierta o encubierta en contra de las inmigrantes, por ser mujeres y por ser inmigrantes. Un análisis de regresión establece que el mercado retribuye de una manera diferente, y por lo general discriminatoria, al capital humano de las mujeres; por supuesto, puede ser que esta aparente discriminación refleje diferencias de capital humano que no se pueden observar en los datos disponibles. La distribución ocupacional de los inmigrantes establece que las mujeres se concentran fuertemente en un número reducido de ocupaciones poco remuneradas, fenómeno que podría ser uno de los canales de discriminación en el mercado de trabajo. Sin embargo, el análisis estadístico formal del papel que cumple la segregación ocupacional en la explicación de la brecha salarial entre hombres y mujeres inmigrantes sugiere que ella no es un factor importante. No obstante, puede ser que el efecto de la segregación ocupacional sea difícil de captar o se vea disminuido en este caso porque los hombres inmigrantes también se concentran en pocas ocupaciones, que generalmente son también mal remuneradas.

## Bibliografía

---

- Adelman, I., J. E. Taylor y S. Vogel (1988), “Life in a Mexican Village: A SAM Perspective”, *Journal of Development Studies*, 25, pp. 5-24.
- Alba, F. (2002), “Mexico: A Crucial Crossroads”, *Migration Information Source*, Migration Policy Institute, Washington D.C.
- Andrade-Eekhoff, K. (2003), “Mitos y realidades: El impacto económico de la migración internacional en las zonas rurales”, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Fundación Guillermo Manuel Ungo, El Salvador.
- Andreas, P. (2000), *Border Games, Policing the U.S.-Mexico Divide*, Ithaca and London: Cornell University Press.
- Ankerf, R. (1998), *Gender and Jobs: Sex Segregation of Occupations in the World*, Organización Internacional para el Trabajo, Ginebra
- Bailey, A. J., R. A. Wright, A. Mountz e I. M. Miyares (2002), “(Re) producing Salvadoran Transnational Geographies”, *Annals of the Association of American Geographers*, 92 (1), pp. 125-144.
- Banco Agrícola (2004), “Remesas familiares pagadas en agencias en 2003”, bases de datos del Banco Agrícola Salvadoreño.
- Banco Central de la República Dominicana (2002), “Balanza de pagos de la República Dominicana 1996-2001”, *Boletín Anual* No. 3, Santo Domingo, septiembre.
- Banco Mundial (2003), “Labor Mobility and the WTO: Liberalizing Temporary Movement”, en *Global Economic Prospects 2004*, Washington D.C.
- \_\_\_ (1995), “World Data”, World Bank Indicators en CD ROM, Washington D. C.
- \_\_\_ (1990), *World Development Report: Poverty*, Washington D.C., Oxford University Press.
- \_\_\_ (1981), *World Development Report*, Washington D.C., Oxford University Press.

- Barkin, D. (1998), "Mexican Peasant Strategies: Alternatives in the Face of Globalization", prepared for the XXI International Congress of the Latin American Studies Association, Chicago, septiembre.
- Becker, G. (1971), "The Economics of Discrimination", Chicago: University of Chicago Press.
- Bendixen y Asociados (2002), "Survey of Remittance Senders: U.S. to Latin America" presentado en la Segunda Conferencia: Remesas como una Herramienta del Desarrollo, Washington, D.C., <http://www.iadb.org/mif>
- Benson, J. E. (1999) "Undocumented Immigrants and the Meatpacking Industry in the Midwest", en D. W. Haines y K. E. Rosenblum (eds.), *Illegal Immigration in America: A Reference Handbook*, Westport Connecticut: Greenwood Press.
- Bergmann, B. (1974), "Occupational Segregation, Wages and Profits when Employers Discriminate by Race and Sex", *Eastern Economic Journal* (1-2), pp.103-110.
- BID (Banco Interamericano de Desarrollo) (2004), "Remittances to Latin America and the Caribbean Reach a Record \$38 Billion", *Press Release*, Washington, D.C., 27 de marzo.
- Blinder, Alan S. (1973), "Wage Discrimination: Reduced Form and Structural Variables", *Journal of Human Resources*, 8, pp. 436-455.
- Boin, J. y J. Serullé (1980), *La explotación capitalista en la República Dominicana*, Ediciones Gramil, Santo Domingo.
- Bustamante, J. A., G. Jasso, J. E. Taylor y P. Trigueros Legaretta (1998), "Characteristics of Migrants: Mexicans in the United States" in *Migration Between Mexico and the United States, Binational Study*, vol. 1. Thematic Chapters, U.S. Commission on Immigration Reform, Washington D.C.
- Camarota, S. (2001), "Immigrants in the United States - 2000, A Snapshot of America's Foreign-born Population", Center for Immigration Studies, Washington D.C.
- Castro, M. (1985), "Dominican Journey: Patterns, Context and Consequences of Migration from the Dominican Republic to the United States", Tesis Doctoral, Universidad de Chapel Hill, N.C., University of North Carolina at Chapel Hill.
- Castro, M. y T. Boswell (2002), "The Dominican Diaspora Revisited: Dominicans and Dominican Americans in a New Century", *North-South Agenda Paper* No. 53, North-South Center, University of Miami.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2004), *Pobreza y vulnerabilidad social: Mercado de trabajo e inversión social en el Istmo Centroamericano a inicios del milenio*, México, marzo.
- Chant, S. (ed.) (1992), *Gender and Migration in Developing Countries*, London: Belhaven Press.
- CONADES (Comisión Nacional de Asistencia a la Población Desplazada) (1984), *Plan tentativo de asistencia integral a la población desplazada*, San Salvador, 4 de marzo.
- Cornelius, W. A. (1998), "The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor: New Evidence from California", en Suárez-Orozco, M.M. (ed.) (1998) pp.115-144, *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, David Rockefeller Center on Latin American Studies, Harvard University, Cambridge Massachusetts: Harvard University Press.
- Crummett, M. (1987), "Rural Women and Migration in Latin America", en C.D. Deere y M. León (eds.), *Rural Women and State Policy: Feminist Perspectives on Latin American Agricultural Development*, Boulder: Westview Press.
- Darity, W. y P. L. Mason (1998), "Evidence on Discrimination in Employment: Codes of Color, Codes of Gender", *Journal of Economic Perspectives*, 12 (2), pp. 63-90.
- Dávila, A. y J. Pagán (1998), "The Impact of IRCA on the Job Opportunities and Earnings of Mexican-American and Hispanic-American Workers", *International Migration Review*, 32(1), pp. 79-95.
- De la Brière B., A. de Janvry, S. Lambert y E. Sadoulet (1997), "Why do Migrants Remit? An Analysis for the Dominican Sierra", Food Consumption and Nutrition Division, International Food Policy Research Institute, Washington, D.C., octubre.
- Desipio, L. (2000), "Sending Money Home... For Now: Remittances and Immigrant Adaptation in the United States", Inter-American Dialogue y Tomás Rivera Policy Institute, Washington, D.C.
- Donato, K. M., y R. S. Carter (1999), "Mexico and U.S. Policy on Illegal Immigration: A Fifty-Year Retrospective", en D. W. Haines y K. E. Rosenblum (eds.), *Illegal Immigration in America: A Reference Handbook*, Westport Connecticut: Greenwood Press.
- Duany, J. (1992), "The Census Undercount, the Underground Economy and Undocumented Migration: the Case of Dominicans in Santurce, Puerto Rico", Ethnographic Evaluation of the 1990 Decennial Census, Report # 17, Center for Survey Methods Research. Washington, D.C, Bureau of the Census.
- Duncan, D., y Duncan, B. (1955) "A methodological analysis of segregation indexes", *American Sociological Review*, 20(2), pp. 210-217.

- Durham, W. H. (1979), *Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War*, Stanford: Stanford University Press.
- Eschbach, K., L. Hagan, N. Rodríguez, R. Hernández León y S. Bailey (1999), “Death at the Border,” *International Migration Review* 33(2), pp. 431-454.
- Fairlie, R. W. (2003) “An Extension of the Blinder-Oaxaca Decomposition Technique to Logit and Probit Models” *Discussion Paper* N° 873, New Haven, Connecticut: Economic Growth Center, Yale University, 2003.
- Fairlie, R. W. (1999) “The Absence of the African-American Owned Business: An Analysis of the Dynamics of Self-Employment”, *Journal of Labor Economics*, 17(1), pp. 80-108.
- Faux, J. (2003), “How NAFTA Failed Mexico. Immigration is not a Development Policy”, *American Prospect*, 14(7), julio.
- Fenstermaker, D. y D. Haines (2002), “Summary of Estimated Net Coverage”, U.S. Census Bureau Memorandum, p. 54, 31 de diciembre.
- Funkhouser, E. (1995), “Remittances from International Migration: A Comparison of El Salvador and Nicaragua”, *Review of Economics and Statistics*, 77 (1), pp. 137-147.
- Gammage, Sarah. (2004) “Datos Preliminares sobre la Migración Salvadoreña hacia Washington D.C.”, un análisis preliminar para la Fundación Ford, Washington, D.C.
- (1998), “La Dimensión de Género en la Pobreza, la Desigualdad y la Reforma Macroeconómica en América Latina”, en E. Ganuza, L. Taylor y S. Morley (eds.) *Política Macroeconómica y Pobreza en América Latina y El Caribe*, Madrid, Mundi Prensa.
- García, Víctor (1992), “Counting the Uncountable, Immigrant and Migrant, Documented and Undocumented Farm Workers in California: Results from an Alternative Enumeration in a Mexican and Mexican American Farm Worker Community in California and Ethnographic Evaluation of the Behavioral Causes of Undercount”, *Ethnographic Evaluation of the 1990 Decennial Census*, Report # 12, Center for Survey Methods Research, Washington, D.C: Bureau of the Census.
- Grasmuck, S. y R. Grosfoguel (1997), “Geopolitics, Economic Niches, and Gendered Social Capital Among Recent Caribbean Immigrants in New York City”, *Sociological Perspectives*, 40(3), pp. 339-363.
- Grasmuck, S., y P. Pessar (1991), *Between Two Islands: Dominican International Migration*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Guarnizo, L. E. (1993), “Going Home: Class, Gender and Household Transformation Among Dominican Return Migrants”, report for the Commission for Hemispheric Migration and Refugee Policy, Georgetown University, Washington D.C.
- Hamilton, N. y N. Chinchilla (1991), “Central American Migration: A Framework for Analysis”, *Latin American Research Review*, 26(1), pp. 75-110.
- Hoddinott, J., H. Alderman y L. Haddad (1997), “Testing Competing Models of Intrahousehold Allocation”, en *Intrahousehold Resource Allocation in Developing Countries: Models, Methods and Policy*, Lawrence Haddad, John Hoddinott y Harold Alderman, John’s Hopkins University Press, Baltimore.
- (INS) Immigration and Naturalization Service (2003), “Executive Summary, Estimates of the Unauthorized Immigrant Population Residing in the United States 1990-2000”, Immigration and Naturalization Service, United States Department of Justice, Washington D.C., United States Government and Printing Office.
- (2001), *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, United States Department of Justice, Washington D.C., United States Government and Printing Office.
- Inter-American Dialogue (2004), “All in the Family, Latin America’s Most Important International Financial Flow”, Report of the Inter-American Dialogue Task Force on Remittances, Washington D.C.
- Katz, E. G. (1998), “Individual, Household and Community-Level Determinants of Migration in Ecuador: Are there Gender Differences?”, Working Paper, Barnard College, Columbia University.
- King, M. (1992), “Occupational Segregation by Race and Sex”, *Monthly Labor Review*, abril, pp. 30-37.
- Krissman, F. (2000), “Immigrant Labor Recruitment: U.S. Agribusinesses and Undocumented Migration from Mexico”, pp. 277-300, en Foner, N. R.G. Rumbaut, y S. J. Gold (eds.) *Immigration Research for a New Century, Multidisciplinary Perspectives*, New York: Russell Sage Foundation.
- Laguerre, M. S. (1998), *Diasporic Citizenship: Haitian Americans in Transnational America*, New York: St. Martin's Press
- (1978), “Ticouloute and his Kinfolk: The Study of a Haitian Extended Family”, en D. Shimkin, E. Shimkin y D. Frate (eds.), *The Extended Family in Black Societies*, Paris: Mouton.
- Lamas, Marta (2003), *Género: claridad y complejidad*, mimeo, Ciudad de México, diciembre.

- Lanjouw, P. (1998), "Poverty and the Non-Farm Economy in Mexico's Ejidos: 1994-1997", Background paper prepared for Economic Adjustment and Institutional Reform: Mexico's Ejido Sector Responds, Banco Mundial, Washington, D.C.
- Larkin, A., F. C. Cuny, B. N. Stein (eds.) (1991), *Repatriation under Conflict in Central America*, Washington, D.C., Hemispheric Migration Project, Center for Immigration Policy and Refugee Assistance and the Intertext Institute.
- Levitt, P. (2001), *The Transnational Villagers*, Berkeley, CA, University of California Press.
- Lowell, B.L., y R. de la Garza (2000), "The Development Role of Remittances in U.S. Latino Communities and in Latin American Countries: A Final Project Report", Inter-American Dialogue y Tomás Rivera Policy Institute, Washington D.C.
- Lozano Ascensio, F. (2003a), "La Nueva Geografía de la Migración Mexicana a los Estados Unidos", ponencia presentada en el XXIV International Congress of the Latin American Studies Association, Dallas Texas, 27 a 29 de marzo.
- \_\_\_ (2003b), "Discurso oficial, remesas y desarrollo en México", *Migración y Desarrollo*, Número 1, octubre de 2003, pp. 23-31.
- Mahler, S. (1995), *American Dreaming: Immigrant Life on the Margins*, New Jersey, Princeton University Press.
- \_\_\_ (1993), "Alterative Enumeration of Undocumented Salvadorians of Long Island", Ethnographic Evaluation of the 1990 Decennial Census Report Series, Report N° 26, Center for Survey Methods Research, Washington, D.C, Bureau of the Census.
- Martin, P. L. (1999) "Unauthorized Workers in U.S. Agriculture: Old versus New Migrations", en D.W. Haines and K. E. Rosenblum (eds.), *Illegal Immigration in America: A Reference Handbook*, Westport Connecticut: Greenwood Press.
- Mehta, C. N. Theodore, I. Mora, y J. Wade (2002), "Chicago's Undocumented Immigrants", Center for Urban Economic Development, febrero.
- Menjívar, C. (2000), "The Long Journey through Mexico", pp. 58-76, en *Fragmented Ties: Salvadoran Immigrant Networks in America*, Berkeley, CA, University of California Press.
- \_\_\_ (1999), "The Intersection of Work and Gender: Central American Immigrant Women and Employment in California", *American Behavioral Scientist*, 42(4), pp. 601-627.
- Menjívar, C., J. DaVanzo, L. Greenwell y R. Burciaga Valdez (1998), "Remittance Behavior among Salvadoran and Filipino Immigrants in Los Angeles", *International Migration Review*, 32(1), pp. 97-126.
- Mexican Migration Project (2003), Datos provenientes de la base de datos del proyecto de migración mexicana, <http://mmp.opr.princeton.edu/databases/instructions-en.aspx>
- Mincer, J. (1980), "Labor Force Participation of Married Women", pp. 41-51 en A. Amsden (ed.), *The Economics of Women and Work*, New York: St. Martin's Press.
- Montes, S. y otros (1985), *Desplazados y Refugiados: El Salvador 1985*, Instituto de Investigaciones, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador.
- MPI (Migration Policy Institute) (2003), "US-Mexico Border", Migration Information Source, Washington D.C., <http://www.migrationinformation.org/USfocus/>
- New York Times* (2002), "Hard Life Goes from Bad to Worse", 18 de agosto.
- Oaxaca, Ronald. (1973) "Male-Female Wage Differentials in Urban Labor Markets", *International Economic Review*, 14 de octubre, pp. 693-709.
- O'Neil, K. (2003), "Remittances from the United States in Context," Migration Information Source, Migration Policy Institute, Washington D.C., 1 de junio.
- Orozco, M. (2002), "Attracting Remittances: Market, Money and Reduced Costs", Report commissioned by the Multilateral Investment Fund of the Inter-American Development Bank, Washington, D.C., 28 de enero.
- \_\_\_ (2000), "Latino Hometown Associations as Agents of Development", Inter-American Dialogue y Tomás Rivera Policy Institute, Washington, D.C.
- Orrenius, P. M. (2001), "Illegal Immigration and Enforcement Along the U.S.-Mexico Border: An Overview", Research Department of the Federal Reserve Bank of Dallas.
- Ortiz, M. (1997), "Microempresas, Migración y Remesas en la República Dominicana 1996-1997", informe preparado para el Fondo para el Financiamiento de la Microempresa, Inc., Santo Domingo, República Dominicana.
- Passel, J. S. (1999) "Undocumented Immigration to the United States: Numbers, Trends, and Characteristics", en D.W. Haines and K. E. Rosenblum (eds.), *Illegal Immigration in America: A Reference Handbook*, Westport Connecticut: Greenwood Press.

- Pessar, P. R. (1999), “Engendering Migration Studies: The Case of New Immigrants in the United States”, *American Behavioral Scientist*, vol. 42, (4), pp. 577-600.
- Pessar, P. R. y S. Mahler (2001), “Gender and Transnational Migration”, Paper presented at the Conference on Transnational Migration: Comparative Perspectives, Princeton, 30 de junio-1 de julio.
- Poirine, B. (1997), “A Theory of Remittances as an Implicit Family Loan Arrangement”, *World Development*, 25(4), pp. 589-611.
- Portes, A. y J. Böröcz (1989), “Contemporary Immigration: Theoretical Perspectives on its Determinants and Modes of Incorporation”, *International Migration Review*, 23(3), pp. 606-631.
- Powers, M. y W. Seltzer (1998), “Occupational Status and Mobility Among Undocumented Immigrants by Gender”, *International Migration Review*, 32(1), pp. 21-55.
- Repak, T. (1995), *Waiting on Washington: Central American Workers in the Nation’s Capital*, Philadelphia, Temple University Press.
- Rosenzweig, M. R. (1988), “Risk, Implicit Contracts and the Family in Rural Areas of Low Income Countries”, *Economic Journal*, 98, pp. 1148-1170.
- Sana, M. (2003), “Household Composition, Family Migration and Community Context. Migrant Remittances in Four Countries”, ponencia presentada en el encuentro de la Asociación de Estudios Latino Americanos, Dallas, Texas, 27 a 29 de marzo.
- Segovia, A. (2002), *Transformación estructural y reforma económica en El Salvador*, Ciudad de Guatemala: F y G Editores.
- Stanley, W. (1987), “Economic Migrants or Refugees from Violence? A Time-Series Analysis of Salvadoran Migration to the United States”, *Latin American Research Review* 22 (1), pp. 132-154.
- Stark, O. y R. E. Lucas (1988), “Migration, Remittances and the Family”, *Economic Development and Cultural Change*, 36, pp. 465-481.
- Suárez-Orozco, M. M. (ed.) (1998), *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, David Rockefeller Center on Latin American Studies, Harvard University, Cambridge Massachusetts, Harvard University Press.
- Tcha, M. (1996), “Altruism and Migration: Evidence from Korea and the United States”, *Economic Development and Cultural Change*, 44(4), pp. 859-878.
- Thomas, D. (1997), “Incomes, Expenditures, and Health Outcomes: Evidence on Intra-household Resource Allocation”, en L. Haddad, J. Hoddinott y H. Alderman (eds.), *Intra-household Resource Allocation in Developing Countries: Models, Methods, and Policy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- \_\_\_ (1990), “Intra-household Resource Allocation: An Inferential Approach”, *Journal of Human Resources*, vol. 25, pp. 635-664.
- Thompson, J. H. (1992), “CAPE Processing Results”, U.S. Census Bureau Memorandum, Washington, D. C.
- Tienda, M. y A. Singer (1995), “Wage Mobility of Undocumented Workers in the United States”, *International Migration Review*, 19(1), pp. 112-138.
- Ulloa, R. (1999), “De indocumentados a residentes permanentes: Los salvadoreños en los Estados Unidos”, *Colección Aportes* N° 7, FLACSO-Programa El Salvador.
- \_\_\_ (1996), “La remesa familiar del exterior: Dependencia o desarrollo para El Salvador”, *Realidad* No. 40, Universidad José Simeón Cañas, pp. 213-240.
- United States Department of Homeland Security (2003), “USCIS Reminds Eligible Salvadorans to Re-register for Temporary Protected Status (TPS), and Employment Authorization Document (EAD) Extension”, 29 de agosto. <http://www.bcis.gov/graphics/publicaffairs/newsrels/ELSALVAD.pdf>
- United States Government (2004), “Immigration Information: Southwest Border Apprehensions”, Department of Homeland Security, Fiscal Year 2003, *Monthly Statistical Report*, September FY 2003 Year End Report.
- Waller-Meyers, D. (1998), “Migrant Remittances to Latin America: Reviewing the Literature”, Inter-American Dialogue y Tomás Rivera Policy Institute, Washington, D.C.
- Woodruff, C. and R. Zenteno (2001), “Remittances and Microenterprises in Mexico”, Working Paper, Graduate School of International Relations and Pacific Studies, University of California, San Diego.

## **Anexos**

---

## Anexo metodológico: Los datos de los censos de 1990 y 2000

La mayoría de los datos utilizados en este informe provienen de los censos de la población de los Estados Unidos de los años 1990 y 2000. Con pocas excepciones, la información se refiere a la situación individual o del hogar, al 1 de abril de dichos años. Las variables relacionadas con los ingresos anuales y el salario por hora se refieren al año anterior al censo.

Los datos analizados en el presente informe son de la “*Public Use Micro Sample, 1%*” (PUMS), una muestra aleatoria y representativa (con las ponderaciones calculadas y suministradas con la muestra por la Oficina del Censo) de 1% de la población completa del país. El tamaño completo de la PUMS 1% de 1990 es alrededor de 2,5 millones de observaciones; en 2000 es de aproximadamente 2,8 millones. Todos los individuos (directamente o por medio de un representante en el mismo hogar) han contestado el “formulario largo” del censo, que incluye preguntas detalladas sobre las características demográficas y la situación económica de cada uno de los miembros del hogar. (Para construir los cuadros que muestran la distribución de la población por Estado, se ha utilizado, para el año 1990, la PUMS 5%, porque la PUMS 1% de 1990 no tiene información completa sobre el estado de residencia de todos los miembros de la muestra. La PUMS 5% es una muestra de 5% de la población, que contesta una serie de preguntas idénticas a la muestra en la PUMS 1%).

Debido al tamaño de la muestra, los datos de la PUMS probablemente constituyen la mejor fuente de información disponible sobre la situación de los inmigrantes en los Estados Unidos. No obstante, muchos investigadores temen que el censo no enumere a toda la población y que esta subestimación es peor en el caso de las minorías étnicas y la población de recursos económicos bajos, efecto que tendría un impacto negativo sobre la enumeración de los inmigrantes. La Oficina del Censo ha llevado a cabo una serie de investigaciones sobre el tema de la subestimación. Aunque no se ha cuantificado exactamente el nivel de subestimación de la población nacida fuera de los Estados Unidos, se puede llegar a algunas conclusiones mediante los resultados de los informes sobre la subestimación de la población designada “hispana” por la Oficina del Censo (véase Thompson, 1992 para el año 1990; Fenstermaker y Haines, 2002 para el año 2000. Según el informe de Fenstermaker y Haines (2002, cuadro 1, p. 3), la Oficina del Censo concluyó que el censo de 1990 no había contado aproximadamente al 4,99% de los hispanos. Para poner el dato en contexto, la Oficina del Censo estima que el censo no abarcó a alrededor del 0,68% de la población “blanca, no hispana” en el mismo año. Durante la década de los noventa, la Oficina del Censo llevó a cabo una serie de cambios a la administración y ejecución del censo para el año 2000. Tal vez como consecuencia de estos esfuerzos, se mejoró mucho la precisión del censo de 2000. Entre los hispanos, la tasa de subestimación bajó a sólo 0,71% —un nivel parecido al nivel de los “blancos, no hispanos” en 1990. Desafortunadamente, los cambios realizados durante los noventa aparentemente produjeron una sobreestimación (de 1,13%) de la población “blanca, no hispana” en 2000 (por incluir dos veces algunos de los casos en el censo).

Se supondría que la subestimación de la población hispana inmigrante fuera peor que la subestimación de la población hispana nacida en los Estados Unidos. Por varias razones —un nivel de movilidad geográfica alto; su estatus, en algunos casos de indocumentado; la vivienda no convencional; dificultades con el idioma; y el analfabetismo; por ejemplo— es probable que la población inmigrante no tenga el mismo nivel de participación que la población nacida en el país. La Oficina del Censo ha realizado estudios sobre los factores que influyen en la participación de los inmigrantes, incluso investigaciones específicas sobre el caso de los mexicanos (véase, por ejemplo, García, 1992), los salvadoreños (Mahler, 1993), y los dominicanos (Duany, 1992).

Es difícil saber exactamente qué impacto tendrían estos problemas de medición sobre los diversos análisis realizados en el presente informe. Es evidente que los datos del censo exagerarán, ligeramente, el crecimiento de la población inmigrante durante los años noventa, ya que el nivel de subestimación es menor en 2000 que en 1990. Y, dado que el conteo de 2000 parece ser mejor que el de 1990, se debería tener más confianza en los resultados analíticos que utilizan exclusivamente datos del 2000. Es posible que la participación sesgada de la población inmigrante tuviera un impacto significativo sobre los análisis estadísticos expuestos en el informe. Como resultado, tiene sentido interpretar las conclusiones

del análisis siempre tomando en cuenta los posibles sesgos debidos a la participación diferencial en el censo de los inmigrantes (y, entre la población inmigrante, de las mujeres y de los hombres).

Se puede consultar información más completa sobre los censos y las características específicas de la PUMS 1% en el sitio web de la Oficina del Censo de los Estados Unidos ([www.census.gov](http://www.census.gov)).